

ORÍGENES DE LA ANTROPOLOGÍA RURAL EN CHILE: UNA INTRODUCCIÓN A SUS FUENTES Y PRECURSORES (SIGLO XIX - DÉCADA DE 1930)

Origins of Rural Anthropology in Chile: an Introduction to Its Sources
and Precursors (19th Century - 1930s)

LUIS PEZO ORELLANA*

Fecha de recepción: 20 de septiembre de 2023 – Fecha de aprobación: 01 de noviembre de 2023

Resumen:

Con el propósito de contribuir al estudio de la conformación del campo de la antropología rural en Chile, se plantea una introducción a las obras y autores/as que nos parecen fuentes y precursores de la antropología rural, cuyas publicaciones se sitúan temporalmente entre el siglo XIX y la década de 1930. Al respecto, se desarrollan tres temáticas: 1) los viajeros que describieron el Chile rural en el siglo XIX, 2) los pioneros de la antropología y del folklore que trabajaron en contextos y temas rurales y 3) el experimento etnográfico de Tancredo Pinochet Le Brun en la hacienda del presidente de la república. Estas fuentes y precursores constituyen referentes importantes para la construcción de una antropología rural que se proyecte al futuro con pleno conocimiento de sus orígenes y bases históricas.

Palabras clave: antropología rural; historia de la antropología; historia rural; Chile.

Abstract:

With the purpose to contributing to the study of the formation of rural anthropology's field in Chile, it proposed an introduction to works and authors that seem to us to be sources and precursors of rural anthropology, whose publications are temporally located between the 19th century and the 1930s. In this regard, three themes are developed: 1) the travelers who described rural Chile in the 19th century, 2) the pioneers of anthropology and folklore who worked in rural contexts and themes and 3) the ethnographic experiment of Tancredo Pinochet Le Brun on the estate of the republic president. These sources and precursors constitute important references for the construction of a rural anthropology that projects into the future with full knowledge of its origins and historical bases.

Keywords: rural anthropology; history of anthropology; rural history; Chile.

* Mg. en Antropología y Desarrollo. Independiente. Correo-e: luis_pezo@hotmail.com

"A Luzmira Orellana Perez (tía Luz) y a Segundo Valerio Sánchez (tío Lelo), quienes me enseñaron tempranamente a amar el mundo rural".

Introducción

Se nos propuso el desafío de contribuir a la caracterización del campo de la antropología rural en Chile con un artículo que complementara o siguiera la línea trazada por el trabajo elaborado junto al profesor Roberto Hernández Aracena sobre la antropología rural chilena (Hernández & Pezo, 2009) en las dos décadas siguientes al fin de la dictadura civil-militar en el país; trabajo que, a su vez, continuaba y profundizaba una publicación anterior (Hernández, 2003).

Algunas de las sugerencias recibidas eran describir cómo se conformó y desarrolló el campo de la antropología rural, así como contextualizar este proceso. Una interrogante interesante, pues, la verdad sea dicha, poco sabíamos al respecto. Sabíamos, por ejemplo, que la primera cátedra de antropología rural en nuestro país fue dictada por el mismo profesor Hernández en la Universidad de Chile a principios de la década de 1970, para la recién creada carrera de antropología. Por cierto, también teníamos como referentes a diversos estudios rurales realizados en Chile en el siglo XIX y XX, pero sin una aproximación sistemática que permitiera establecer aquellas fuentes y precursores de la antropología rural, incluso dentro de la misma historia de la antropología en Chile.

Este interés se reforzó tras nuestra asistencia a una charla que realizó el profesor Daniel Quiroz sobre la antropología y la conmemoración de los 50 años del golpe civil-militar

de 1973, en cuyo espacio de conversación planteábamos, bosquejando una hipótesis, que uno de los efectos de la dictadura en la antropología chilena, además del cierre de escuelas y la intervención de las universidades, fue una ruptura con el pasado mismo de la antropología como disciplina, aspecto que podía verse de manera general en la formación de antropólogos/as desde la década de 1990, así como en la producción intelectual de la antropología, que en las últimas dos décadas ha visto esfuerzos valiosos por recuperar y analizar la historia de la disciplina en Chile, con investigaciones específicas y sostenidas de autores como Jorge Pavez (2003, 2015) y Héctor Mora (2014, 2016), así como análisis más generales de su trayectoria histórica (Bengoa, 2014; Castro, 2014). Destacan también revisiones de las trayectorias de los estudios antropológicos de los pueblos indígenas (Cancino & Morales, 2003; Gunderman & González, 2009).

Así pues, definimos nuestro propósito en el presente texto, que es ofrecer una introducción sistemática a los/as autores/as y obras que nos parecen fuentes y precursores del campo de la antropología rural, cuyas publicaciones se sitúan temporalmente entre el siglo XIX y la década de 1930, con el fin de contribuir a la reflexión sobre la historia de la antropología y los valiosos aportes que se hicieron en este período en relación con su vertiente rural, que esperamos pueda servir de base a futuras investigaciones más específicas y profundas.

En un principio pretendimos pasar revista sumariamente a algunos referentes de la antropología rural desde el siglo XIX hasta la reforma agraria, pero la gran cantidad de bibliografía recopilada¹, la riqueza de sus contenidos y los límites de la extensión del trabajo, hicieron perti-

nente llegar hasta la década de 1930, década en que coinciden los últimos trabajos de precursores de la antropología, como Rodolfo Lenz y Ricardo E. Latcham, con la publicación de la versión castellana del libro de George Mc Bride *Chile: Su tierra y su gente* (1938) que, a nuestro parecer, inaugura, junto a otros autores, un nuevo período en la reflexión sobre los temas rurales, donde adquiere relevancia creciente el tema de la reforma agraria.

Sin duda, son múltiples las fuentes que contribuyen a la conformación y el desarrollo del campo de la antropología rural hasta hoy. Aquí seleccionamos tres temas en los cuales podemos encontrar tanto fuentes como precursores de esta subdisciplina, que conforman los tres apartados principales de este artículo: en primer lugar, los viajeros que describieron el Chile rural, fundamentalmente en el siglo XIX; en segundo lugar, los pioneros de la antropología y del folklore de fines de aquel siglo y las primeras décadas del siglo XX, que trabajaron en contextos y temas rurales; en tercer lugar, el notable caso de Tancredo Pinochet Le Brun, quien en 1916 realiza lo que denominamos un “experimento etnográfico”, al ingresar vestido de peón afuerino en la hacienda del presidente de la república y publicar su particular obra “Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia” (Pinochet Le Brun, 1970 [1916]).

Hemos procurado revisar y analizar estas fuentes y precursores de la antropología rural con el acompañamiento de una breve contextualización histórica y relacionándolos con temas y publicaciones más recientes con el fin de establecer una conexión entre el pasado y el presente en el campo dinámico de la antropología rural, así como reforzar el interés de su proyección futura.

Viajes y descripciones de la ruralidad chilena en el siglo XIX

En sus primeros años como república independiente, Chile es un país eminentemente rural, con límites algo difusos hacia el norte (Copiapó-Atacama) y la frontera del Biobío al sur, con enclaves en Valdivia y la recuperación del archipiélago de Chiloé en 1826, último reducto del dominio de la corona española. La agricultura, la minería y la ganadería son las principales fuentes de recursos económicos. Tras la abolición definitiva de las encomiendas en 1791, se consolida, en los vastos territorios de Chile Central, el ya añoso latifundio, expresado a través de grandes haciendas y sus inquilinos, que coexisten con sectores campesinos y otros habitantes que transitan ofreciendo su fuerza de trabajo en el campo y en las explotaciones mineras.

Luego de los cronistas y misioneros en los períodos históricos de conquista y colonia, Bengoa (2014) señala a los viajeros, sobre todo extranjeros, como observadores principales de la diversidad social y cultural de Chile, en especial en el siglo XIX y principios del XX. Este autor argumenta que la apertura a la diferencia es un punto de vista compartido que tienen los viajeros con la antropología, algunos de ellos ligados con las primeras sociedades científicas de Europa. Aquello permite plantear que tales viajeros son los precursores más directos de la antropología científica moderna:

Esos “sabios”, por lo general “naturalistas” que recorrían el mundo, pasaban raudos por Santiago y se entrometían en todos aquellos rincones que los chilenos despreciaban y no veían o, en muchos casos, no querían ver. (Bengoa, 2014, p. 16)

Lo que une a estos observadores con la antropología, evidentemente no es el método, sino el punto de vista.

Por diversas razones, estas personas tuvieron un interés en conocer lo que pensaban, hacían, y cómo vivían “los otros” que habitaban Chile. Sus observaciones son de la mayor importancia para el conocimiento antropológico del país. Sin ellos la “antropología” no tendría historia. (Bengoa, 2014, pp. 22-23)

En la pluma de los viajeros también fue observada, con distinta profundidad y agudeza, la diversidad rural existente en el país. Destacaremos a dos de estos viajeros, ambos naturalistas, que llegan a Chile cuando era una incipiente república que buscaba tener claridad sobre su geografía y recursos, con el fin de incentivar la inversión interna y externa, así como construir la unidad nacional en su territorio.

Una de las más ilustres visitas que tuvo Chile luego de independizarse fue la del naturalista Charles Darwin, famosísimo después por su teoría de la evolución y la selección natural. Veinte años antes de presentar *El origen de las especies* en 1859, publica *Viaje de un naturalista alrededor del mundo* (1839), en donde relata en primera persona su viaje en la nave *Beagle* y su estadía en Chile entre 1834 y 1835.

Darwin cruza el estrecho de Magallanes, viaja por los canales australes, visita diversos lugares del sur y centro de Chile. Luego viaja a Mendoza y a su regreso recorre diversas minas, en cuyas faenas describe, con asombro, la palidez, el fatigoso trabajo, los bajos salarios y las precarias condiciones laborales de los mineros chilenos, situación que, sin embargo, considera privilegiada al lado de la condición de los obreros agrícolas que estaban bajo el sistema del inquilinaje en las grandes propiedades agrícolas de Chile Central:

Por triste que sea la situación de los mineros —puede juzgarse de ella por lo que antes digo—, es una situa-

ción muy envidiable; porque la de los obreros agrícolas es aún mucho más dura. Los gajes de estos últimos son mucho menos elevados y se alimentan casi exclusivamente de habas. Esta pobreza proviene principalmente del sistema feudal que preside el cultivo de las tierras; el propietario da al campesino un pequeño lote de tierra —en el cual debe construir su habitación— para que lo cultive; pero, en cambio, el campesino ha de proporcionar su trabajo, o el de alguien que lo reemplace, durante toda su vida, y eso a diario y sin sueldo. Por eso el padre de familia no tiene nadie que pueda cultivar el terreno que le pertenece, hasta que cuente con un hijo de edad suficiente, para reemplazarle en el trabajo que debe al propietario. No hay, pues, que asombrarse de que la pobreza sea extrema entre los obreros agrícolas de este país. (Darwin, 1942 [1839], p. 323)

Las contundentes palabras de Darwin, producto de su observación directa, denuncian las duras condiciones sociales y laborales del inquilinaje, que califica como un “sistema feudal”, institución que se mantendrá —con algunas variaciones relevantes— por más de cien años tras este relato, lo que la convierte en el ícono insoslayable de la cuestión social rural, según veremos más adelante.

Precisaremos que Darwin no fue el primer extranjero o extranjera que realiza una descripción de las duras condiciones del inquilinaje en Chile. Bengoa (2015), en su *Historia rural de Chile Central*, proporciona valiosas citas de Thaddaeus Peregrinus Haenke (1942) —que en realidad pertenecerían a Espinoza y Bauzá, de la expedición Malaspina²—, María Graham (1902 [1824], 1909 [1824]) y Eduard Poeppig (1960), quienes visitan el país antes que el científico inglés y se pronuncian sobre este tema con impresiones similares, así como de otros aspectos del Chile rural (Bengoa, 2015). No obstante, aquí destacamos a Darwin no solo por su agudeza crítica, sino también por tratarse del

viajero cuyas descripciones sobre el Chile rural tienen el mayor alcance, pues dan la vuelta al mundo desde su publicación en inglés en 1839. También se ha de tener presente que esta obra se publicó en castellano, por primera vez, recién en 1899, sesenta años después.

El segundo viajero naturalista que destacamos es el francés Claudio Gay, que llega a Chile en 1829 para trabajar como docente en el Colegio de Santiago, con el interés de estudiar la flora, fauna y geografía del país. En 1830 suscribe un contrato con el gobierno de la época, firmado por el ministro Diego Portales, para realizar investigaciones científicas de geografía, mineralogía, botánica, zoología y agricultura en diversos lugares del país y formar un gabinete de historia natural. Este gabinete se inaugura en 1839, dando pie a lo que será posteriormente el Museo Nacional de Historia Natural. En este mismo año, el gobierno chileno, a través del ministro de Instrucción Pública Mariano Egaña, le encarga escribir una historia política de Chile. Gay acepta y viaja al Perú para recopilar documentos del virreinato y aprovecha de entrevistar al mismísimo Bernardo O'Higgins, para tener datos de primera fuente sobre el proceso de independencia.

Luego de varios años de viajes por distintos lugares del país obteniendo información de primera mano, y tras recopilar y ordenar todo tipo de información secundaria, Gay culmina sus investigaciones en 1841 y, desde Francia, publica, entre los años 1844 y 1871, su monumental obra *Historia física y política* de Chile, de 30 tomos, que incluye "ocho tomos destinados a la historia, ocho a la botánica y ocho a la zoología; dos sobre la agricultura nacional; dos de documentos históricos, y otros dos que contienen un atlas de imágenes"³. Se trata del

estudio más completo sobre Chile realizado hasta ese momento (y tal vez hasta ahora), de importancia capital para las proyecciones sobre los temas abordados, además de estar engalanado con mapas, dibujos y grabados realizados por Gay sobre la flora, los paisajes y diversos grupos sociales, incluidos los indígenas.

Los dos tomos de "Agricultura" (publicados en 1862 y 1865, respectivamente) son impresionantes. Siendo hijo de agricultores franceses, incorporó el tema de manera creciente en sus viajes por haciendas de todo el país, donde observaba –también directamente– lo relacionado a la agricultura y a quienes laboraban en ella. No tardó en relacionarse con la Sociedad Chilena de Agricultura, fundada en 1838, para quienes realizó diversas asesorías e incluso terminó siendo parte de su directiva (Saldivia, 2005). Estando ya en Francia, es visitado por varios hacendados chilenos, a quienes agradece en su prólogo por las noticias que le traen, de las cuales se sirve para culminar su tratado sobre este tema, que contiene, entre otros aspectos, una introducción histórica de la agricultura en Chile, descripciones minuciosas del clima, los suelos, las regiones, las propiedades, los hacendados, los campesinos, los inquilinos y los sirvientes de las haciendas, los riegos, los cultivos de diverso tipo, el uso y la crianza de animales, la instrucción agrícola, la colonización extranjera, las diversas vías de comunicación y el ferrocarril. Todo ello proporciona un panorama de la situación agraria chilena a mediados del siglo XIX, enriquecido por el hecho de que Gay no solo describe, sino que analiza, opina y propone aspectos ligados al desarrollo de la agricultura. Se trata, en definitiva, de una obra imprescindible para introducirnos en el estudio de la ruralidad y de la agricultura chilena.

Recomendamos su lectura *in extenso*, para marcar la diferencia con el breve texto que incluye el sociólogo Hernán Godoy en su compilación denominada *Estructura social de Chile* (1971). En su interés divulgativo, Godoy (1971) señala que “Los fragmentos seleccionados del estudio sobre ‘La Agricultura’ de Claudio Gay analizan los principales grupos del agro chileno hacia 1850, los que tuvo la oportunidad de estudiar directamente en sus expediciones científicas” (p. 124). En su escrito, se incluyen extractos de Gay sobre los hacendados, campesinos e inquilinos, los cuales, sin embargo, no llegan a ser la cuarta parte de los capítulos originales en que trata a cada uno de ellos. Godoy omite aspectos de relevancia, como por ejemplo, su visión crítica y las propuestas de reforma del inquilinaje, institución cuyo origen sitúa en la abolición definitiva de la encomienda, que dejó a indígenas y mestizos expuestos a la miseria y destinados a emplearse en las haciendas o a suscribir con los propietarios una “obligación bilateral voluntariamente contraída”, que consistía en “una servidumbre a condición de recibir gratis y a título revocable algunas cuadras de tierras para las necesidades de la familia” y que podía anularse de una semana a otra sin necesidad de intervención judicial (Gay, 1862, p. 182-183).

Esta definición del inquilinaje está debidamente recogida en la selección de Godoy, pero se omiten pasajes como el que sigue inmediatamente a la cita anterior:

Hasta el día el inquilinato no ha sido sometido a ningún reglamento administrativo; el gobierno lo ha dejado en un estado de arbitrariedad del todo en provecho del propietario; porque por su misma naturaleza, necesario es decirlo, esta institución es un abuso que absorbe la mayor parte de los medios del campesino, sobre todo

entre los propietarios de poca conciencia, y bajo este punto de vista debería existir un reglamento orgánico que ligase recíprocamente a las dos partes por medio de obligaciones equitativas, exigencia tanto más necesaria cuanto que hay haciendas en las que llega a más de mil el número de inquilinos. (Gay, 1862, p. 183)

En el resto del capítulo sobre los inquilinos, Gay describe pormenorizadamente los distintos tipos de abusos a los cuales los propietarios les someten, alegando, incluso con pasión, la necesidad de que cesen y que se establezcan diversas reformas, inspiradas en instituciones similares de países europeos, que promuevan una agricultura próspera y más equitativa. De lo contrario, advierte, el “espíritu de antagonismo que en el día existe entre amo y sirviente [...] a la larga no puede sino redundar en perjuicio de la autoridad de aquél, destruyendo al mismo tiempo toda especie de recíproco apego” (p. 191). Al finalizar el capítulo, comparte la siguiente reflexión:

Es probable que esta institución desaparezca con el tiempo, estando poco dispuestos a seguir esta carrera los habitantes de la ciudad, y deseosos los de los campos de libertarse de ella para ocuparse de otras cosas, tratando de dar a sus hijos una profesión industrial. A esto es, repetimos, a lo que la tendencia del espíritu rural parece fatalmente arrastrada, si los propietarios no tratan de darle moralidad inspirándole el amor del trabajo, y creándole una condición que le asegure un porvenir más conforme a sus necesidades y a los progresos de la civilización. (p. 193)

Lo que emparenta a Gay con la antropología y le hace un precursor de esta disciplina en nuestro país, no es solo el punto de vista del extranjero, como apuntábamos al comienzo, sino también su riguroso método de obtener información de primera mano sobre las materias que trata y su capacidad para integrar con profundidad la

diversidad de lugares que observó en el mundo rural chileno de la época. Llama la atención también su disposición para el análisis crítico y para generar propuestas prácticas y de política pública, en perspectiva comparativa con situaciones similares en diversos países, en este caso de Europa, lo que lo acerca a una antropología o etnología “aplicada”. También demostró interés en los pueblos indígenas, en particular el pueblo mapuche, que visitó en varias oportunidades para registrar sus costumbres, coleccionar objetos y presenciar, por ejemplo, el funeral de un “cacique” en 1835, de lo cual resulta uno de sus famosos dibujos y cuya descripción publica en 1844 en el *Boletín de la Sociedad de Geografía de París* (Barros Arana, 1875)⁴. Todo esto en el Chile de mediados del siglo XIX, cuando en Europa, de manera paralela, surgen los albores de la antropología científica (Mora, 2014)⁵.

Hace pocos años, el antropólogo chileno Diego Milos transcribió, tradujo, editó y publicó una obra inédita de Claudio Gay: *Usos y costumbres de los araucanos* (2018), producto de los viajes del naturalista francés a la zona en 1835, 1838 y, sobre todo, 1863, año en que regresó a Chile y convivió varios meses con indígenas mapuche. El manuscrito estuvo guardado más de 150 años en Francia. De acuerdo con Hopenhayn (2016), se trataría de “la obra más extensa y detallada que se escribió sobre el pueblo mapuche antes del siglo XX”. Milos se refiere a esta obra como la primera etnografía metódica realizada sobre el pueblo mapuche:

... su principal herramienta son las entrevistas cara a cara, cuando ir a entrevistar a alguien y preguntarle sobre su vida era algo que no hacía nadie. Gay va a la Araucanía y hace las mismas preguntas que hacemos hoy los antropólogos: usted qué come, de dónde

saca la comida, por qué come esto y no esto otro. Y habló con caciques famosos de la época, como Colipi. Cuando llegaba a un lugar, lo primero que hacía era preguntar dónde estaba el *quimlo*, el viejo sabio, para ir a entrevistarlo. Y lo primero que pregunta es cómo le llaman ellos a cada cosa. (Milos, en Hopenhayn, 2016)

Este nuevo libro de Gay contiene descripciones del modo de vida eminentemente rural de los mapuche, en la época en que comenzaba la conquista militar y la ocupación de la Araucanía (o podríamos hoy decir Ngulumapu) por parte del Estado chileno.

Si bien en este apartado hemos destacado solo dos viajeros del siglo XIX, Darwin y Gay⁶, fueron muchos los que publicaron descripciones sobre el Chile rural. Además de la ya mencionada expedición Malaspina a fines del siglo XVIII (Sagredo & González, 2004), María Graham y Eduard Poeppig a principios de la independencia, podemos mencionar también a Ignacio Domeyko y sus relatos de viaje a la Araucanía en 1845 (Domeyko, 2010)⁷, Rodolfo Amando Phillippi y su viaje al desierto de Atacama en 1853-1854 (1860), Paul Treutler (1861, 1958), Edmond Reuel Smith (1914), Velasco del Real (1892) y el chileno Guillermo Cox (2012 [1863]), con su *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia 1862-1863*, entre muchos otros, cuyas contribuciones son dignas de estudios que las ponderen con una mirada actual.

Al respecto, se debe tener presente que, al igual que hoy, la ruralidad chilena en el siglo XIX también era muy diversa, y que existían varias ruralidades, no solo en Chile Central, sino también al norte de Copiapó, en la Araucanía, Valdivia, Llanquihue, el archipiélago de Chiloé y otras islas, la Patagonia y el extremo austral, con presencia indígena, mestiza o extranjera y

características propias que fueron descritas en virtud de estos viajes. Esta diversidad territorial podría ser un eje de análisis para abordar el tema de los viajeros y sus descripciones de las ruralidades existentes en el Chile decimonónico. Asimismo, tal como nos señala Gallardo-Porras (2020) en su análisis del discurso etnográfico de Domeyko sobre la Araucanía, los relatos de viaje no solo son importantes por los datos que aportan a la reconstrucción histórica, sino también como construcciones narrativas que entregan elementos relevantes sobre la visión del viajero-autor, sus argumentos, estrategias narrativas y las distinciones con las que opera para construir una representación de lo vivido y observado.

Sin duda, el estudio de los viajeros y sus descripciones como fuentes de la antropología rural, así como quienes pueden incluso considerarse precursores de esta subdisciplina —como es el caso de Gay por su modo de aproximarse y estudiar la agricultura chilena y el pueblo mapuche— tiene amplias proyecciones, pues hay mucho por descubrir y analizar. El interés vigente por los relatos de viajes en Chile se refleja en diversas publicaciones recientes, por ejemplo, la compilación de relatos de viajeros por la Araucanía de mediados del siglo XIX realizada por Salgado, Villegas y Quiroga (2016), las memorias del escocés William Blain en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego a fines del siglo XIX (Blain, 2017), así como la ya mencionada edición de Diego Milos de la etnografía inédita de Gay sobre el pueblo mapuche (Gay, 2018).

Los pioneros de la antropología y el folklore en Chile: contextos y temas rurales (1882-década de 1930)

Los viajeros, a quienes nos hemos dedicado en el capítulo anterior, son fuentes importantes para una perspectiva antropológica de la ruralidad chilena en el siglo XIX, en un contexto en que aún no hay “ciencias sociales” constituidas que realicen estudios sistemáticos sobre los grupos sociales habitantes del país. Recién a finales del siglo mencionado comienzan en Chile las primeras aproximaciones de una antropología científica, conectada con el desarrollo disciplinar que ya se había consolidado en Europa y los Estados Unidos, y cuyo interés estará centrado en la prehistoria americana y en las culturas indígenas, las cuales se concebían en general como premodernas y destinadas a desaparecer bajo el influjo civilizatorio. Bajo la hegemonía de un ideario teórico evolucionista, así como de una visión política asimilacionista, correspondía entonces a la antropología realizar estudios sistemáticos de estas culturas, antes que desaparecieran y se asimilaran a las sociedades nacionales.

Existe cierto consenso en que la antropología científica surge a partir de la obra de José Toribio Medina *Los aborígenes de Chile* (1882), considerada como un hito importante en la historia de la disciplina (Bengoa, 2014; Mora et al., 2021), así como de las posteriores investigaciones de Rodolfo Lenz, Ricardo Latcham, Tomás Guevara, Max Uhle, Martín Gusinde, Aureliano Oyarzún y otros, momento que se vio potenciado por la existencia y la creación de varias organizaciones e instituciones científicas afines, tales como el Museo Nacional de Historia Natural (1830), la Sociedad Arqueológica de Santiago (1878),

la Sociedad del Folklore Chileno (1909) y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía (1911), el Museo Etnográfico y Antropológico (1912), entre otras (Mora, 2014). De esta época, destacaremos algunos autores y obras que abordaron la ruralidad indígena y no indígena del país.

De manera paralela, surge también a principios del siglo XX el interés por el estudio científico del folklore tanto de los pueblos indígenas como de la cultura popular del “pueblo mestizo”, “bajo pueblo” o “clases subalternas” rurales y urbanas a través de la recopilación y el estudio de sus costumbres y tradiciones, ceremonias religiosas, cantos, adivinanzas, cuentos, lírica, juegos populares, cultura material, arte y artesanías, entre muchos otros elementos.

En este apartado examinaremos ambas perspectivas, la de la antropología y la de los estudios del folklore, que se articulan de manera relacionada y constituyen fuentes importantes de la antropología rural en el contexto histórico de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y que se han convertido en objeto de análisis en publicaciones recientes, como veremos más adelante.

Breve contextualización histórica

Hacia fines del siglo XIX, el control territorial del gobierno de Chile se expandió significativamente luego de la Guerra del Pacífico hacia el norte, así como al sur de la frontera del Biobío, con la conquista del Ngulumapu o “Pacificación de la Araucanía”, a partir de la cual se implantó una política de colonización y de radicación y reducción de la población mapuche. Asimismo, en 1888 se concreta la incorporación de Rapa Nui (Isla

de Pascua) como parte del territorio del país. En los campos de las provincias de Valdivia y Llanquihue, desde 1846 y durante la segunda mitad del siglo XIX, se desarrolló la colonización alemana promovida por el Estado y, a fines de aquel siglo, la colonización chilena y el establecimiento de compañías ganaderas en la Patagonia Occidental en Aysén, así como la colonización y el establecimiento de estancias ovejeras en Magallanes, que fueron desplazando y arrinconando a la población indígena austral, produciéndose el gradual genocidio del pueblo selknam⁸.

En Chile Central, la abolición definitiva de los mayorazgos en 1852 permitió liberar la subdivisión y venta de tierras en las haciendas. Se producen modernizaciones ligadas al avance del ferrocarril, la ampliación del riego, la incorporación de maquinaria agrícola y la especialización productiva de fundos y haciendas. En lo que respecta a la producción triguera, según Robles-Ortiz (2002):

Probablemente por la experiencia de los espectaculares pero efímeros ciclos exportadores a California (1850-1855) y Australia (1860-1865), respecto de las exportaciones hacia el mercado británico existía una clara percepción en cuanto a que, en adelante, la presencia del trigo chileno en el mercado externo dependería cada vez más de la capacidad de los hacendados para aumentar la competitividad, ya fuera reduciendo los costos de producción o aumentando la productividad. (p. 2)

Al respecto, Robles-Ortiz señala que la tendencia fue hacia una modernización de énfasis técnico y no social, por lo que la “reducción de costos de operación” se vio reflejada en el desmejoramiento de las condiciones laborales para los inquilinos y asalariados rurales (o “peonaje rural”):

Ello significó que las tenencias y “regalías” sobre las que, precariamente por cierto, se sustentaba el campesinado, tendieran a reducirse al mínimo indispensable para su subsistencia; esto es, sólo para asegurar la reproducción de su fuerza de trabajo, pero no su autonomía productiva (Santana, 1980). En el caso de los inquilinos, sus empresas campesinas comenzaron a ser anuladas por las crecientes obligaciones laborales que fueron empujados a desempeñar en la expansiva demesne de las tierras patronales. (Robles-Ortiz, 2002, p. 3)⁹

El endurecimiento de las condiciones laborales en las haciendas se vio reflejada en publicaciones como las de Ramón Domínguez (1867) y Santiago Prado (1871) y provocó que las respuestas de los campesinos fueran “tan diversas como, entre otras, el bandolerismo y la emigración” (Robles-Ortiz, 2002, p. 3), situación que “se hizo aguda por primera vez en la década de 1870, cuando miles de hombres y mujeres de los distritos rurales tomaron trenes y caminos para dirigirse a las zonas mineras y a las ciudades” (Bauer, 1992, p. 191-192, cit. en Robles-Ortiz, 2002, p. 3). La existencia de una población flotante de afuerinos o “peonaje libre” ya había sido descrita por Gay (1862), quien incluso, como expusimos anteriormente, había predicho que, si se mantenían las duras condiciones sociolaborales en las haciendas y la ausencia de un futuro promisorio para los inquilinos, la emigración sería la única salida, tal como lo dice Salazar (1985):

Siendo el “peonaje obligado” una alienación sin destino, el “peonaje estable” una oportunidad escasa, el “proyecto empresarial” del inquilino un sueño sin futuro, el “salario concertado” del peón libre igual al costo subsistencial del peón encarcelado, los labradores jóvenes del campo chileno no vieron ninguna razón para ligar su destino ni a la tenencia inquilina ni a la hacienda patronal. Pues, a la parálisis del proceso de campesinización siguió, casi sin interrupción, la del proceso de proletarización salarial de los inquilinos y de los peones libres en general. Sólo había un destino factible: emigrar. (p. 171)

Siguiendo a Robles-Ortiz (2002), aquello reforzó en los hacendados el interés por mecanizar el trabajo agrícola y fue un argumento central del discurso modernizador de la agricultura en aquellos años. Por otra parte, permitió a los trabajadores rurales presionar por mejores salarios, en particular en temporadas de mayor requerimiento de mano de obra. Todo lo anterior sin mayor intervención por parte del Estado, pues Luis Correa Vergara, en su imponente libro de dos tomos titulado *Agricultura chilena* (1938), patrocinado por la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) en ocasión de sus cien años, reconoce que la primera ley laboral que se aplicó a las actividades agrícolas fue recién en 1917 y correspondió a derechos respecto de accidentes laborales (Correa Vergara, 1938, Tomo II). En un libro anterior denominado *La agricultura en Chile en los últimos cincuenta años* (1904), también patrocinado por la SNA, Teodoro Schneider sugiere mejorar las habitaciones de los inquilinos para retener a la enorme “población flotante” y su “afición a la vida nómada” (Schneider, 1904, p. 122).

La precarización del inquilinaje y la gradual proletarización de la fuerza laboral del sistema de haciendas condujo a la formación de una clase trabajadora rural (Robles-Ortiz, 2009), lo cual, sumado a la población flotante de peones “afuerinos”, se constituyó en la cuestión social rural que adquirió relevancia a fines del siglo XIX y a principios del XX¹⁰. Asimismo, la incorporación de población rural masculina en las elecciones políticas desde 1874, las experiencias migratorias hacia las mineras y las ciudades, así como la acción de partidos políticos y la Federación Obrera de Chile, propiciaron las primeras huelgas y acciones sindicales en el campo chileno en la década de 1920¹¹. A partir del Código del Trabajo de 1931, comienza a formalizarse la sindicalización campesina.

Paralelamente, el campesinado independiente sufrió una descomposición paulatina durante el siglo XIX, al subdividirse la tierra y diferenciarse entre pequeños propietarios emergentes y pequeños propietarios pobres que se integraban de diversas maneras a la producción de las propiedades más grandes (arrendamientos, medierías, peonaje) y al trabajo en las mineras y en las ciudades. De acuerdo a Rojas, Tomic y Vega (1984), el fenómeno minifundiaro se dinamizó en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. De manera simultánea, se desarrollaron dos tipos de propiedades comunitarias: las comunidades agrícolas sucesoriales del norte, originadas por mercedes de tierra ubicadas en terrenos poco productivos, y las comunidades indígenas que resultaron de las reducciones luego de la conquista militar al sur del Biobío, a lo que se sumó la propiedad surgida de la colonización de estos territorios.

La ruralidad en los primeros estudios desde la antropología y el folklore

• El comienzo de la antropología chilena: *Los aborígenes de Chile*, de José Toribio Medina

Se podría decir que *Los aborígenes de Chile* (1882), de José Toribio Medina, es el primer tratado de antropología chilena. No solo por el mérito de consolidar una gran cantidad de material disperso que existía sobre el tema, a través de las obras de cronistas, misioneros y viajeros, entre otros materiales bibliográficos, sino también porque organiza este material en torno a temas y cuestiones propias de la antropología de la época: la prehistoria, el examen de los principales hallazgos arqueológicos, las

teorías sobre el origen de la población indígena en Chile —algunas bien llamativas, como las que planteaban que los indígenas en Chile descendían de los tártaros o de los romanos—, el origen del nombre del país, las tradiciones o mitos de origen, posibles “razas anteriores” a las existentes. Destacan cinco capítulos dedicados a los indígenas mapuche (llamados araucanos en aquella época), en los que se analizan diferentes aspectos de sus modos de vida, los cuales consolidan fuentes relevantes para la antropología indígena. Finalmente la obra cierra con aspectos de la conquista incásica y su influencia en los pueblos indígenas situados en Chile.

En todos estos temas, Medina examina las fuentes y sus planteamientos, las analiza y expone sus conclusiones, basadas no solo en el material bibliográfico, sino también en exploraciones de campo propias. Al respecto, Looser (1931) señala lo siguiente:

... Medina no fue sólo un hábil compilador. En *Los aborígenes de Chile* hay mucha investigación personal fruto de penosos viajes. Recorrió los desiertos de Tarapacá en busca de datos arqueológicos, y mientras se desarrollaban en la Araucanía los últimos acontecimientos de la peligrosa y larga lucha de su conquista y pacificación por las armas de la República, partió a la tierra de los indios para estudiar en el terreno mismo sus costumbres, la organización social y sus creencias. Recorrió a caballo leguas de leguas, yendo de una reducción a otra, desafiando los peligros de los ataques de los indios sublevados. (pp. 29-30)

El historiador Diego Barros Arana, quien fuera profesor de Medina en el Instituto Nacional, al culminar los cinco capítulos iniciales del tomo primero de su monumental *Historia general de Chile*, dedicados a los indígenas y publicada en 1884, señala lo siguiente:

Después de escritas las páginas que preceden, se ha publicado entre nosotros un estudio mucho más completo y noticioso acerca de estos indios, con el título de *Los aborígenes de Chile*, de don José Toribio Medina [...]. Entre los trabajos a que ha dado origen ese pueblo, éste es el primero en que se hallan agrupadas las noticias con el propósito que en nuestro tiempo sirvan de guía a las investigaciones de este orden, y en que se haya examinado los vestigios que nos quedan de su antigua industria, acompañando a1 texto con numerosas láminas litografiadas que reproducen muchos de esos objetos. El libro del señor Medina, sin poder llegar a conclusiones que hayan de tomarse como definitivas y a que no es posible arribar con los escasos elementos reunidos hasta ahora, es un ensayo que revela un estudio serio del asunto y que abre el camino a los trabajos de esta clase que apenas se inician en una gran porción de América. (Barros Arana, 1999 [1884], p. 94)

En definitiva, José Toribio Medina, a sus treinta años de edad, regala a la posteridad una obra imprescindible de la antropología chilena, que consolida valiosos datos sobre la cultura y la vida rural del pueblo mapuche hasta fines del siglo XIX, y cuyas fuentes originales (cronistas, soldados, misioneros, viajeros, etc.) quedan disponibles para aproximaciones más específicas y profundas.

Al respecto, cabe precisar que nos referimos a la “vida rural indígena”, puesto que el interés de Medina se centra en el abordaje antropológico de los aborígenes en su propio contexto cultural y territorial, que hasta esa fecha es eminentemente rural, por lo que queda fuera de su objeto los aspectos históricos de guerras, sometimiento y relaciones con el invasor español en el período de conquista o durante la colonia, así como su relación con el Estado chileno después de la independencia. Resulta, en consecuencia, la primera obra general para introducirse al estudio de la ruralidad indígena y, en específico,

la del pueblo mapuche, referencia obligada para los estudios antropológicos que se desarrollaron posteriormente.

• La centralidad de Rodolfo Lenz en los estudios etnológicos indígenas y del folklore

En 1890 llega a Chile el alemán Rodolfo Lenz a trabajar en el recientemente creado Instituto Pedagógico. Se había doctorado con los más altos honores en la Universidad de Bonn en 1886, en filosofía con mención en filología románica. Su formación científica en múltiples disciplinas, asociada al estudio de las lenguas y la literatura escrita y oral, sumada a su “compulsiva” vocación de investigador científico (Rabanales, 2002), le proporcionó en poco tiempo gran prestigio en nuestro país en las diversas líneas de trabajo que desarrolló como investigador y pedagogo. De acuerdo a Gilberto Sánchez (2013):

... muy pronto le llamó la atención el modo de hablar de los chilenos, sobre todo de los estratos más bajos, y luego pensó que los rasgos peculiares de la pronunciación que presentaba podían deberse a influencia de la lengua mapuche (llamada tradicionalmente araucana). Por ello consideró necesario conocer la lengua indígena. Debido a su acción, se inició en Chile un cambio en el estudio del lenguaje, caracterizado por un rigor científico hasta entonces desconocido. (p. 100)

El mismo Lenz (1924) recuerda esos momentos señalando lo siguiente:

Cuando yo llegué a Chile en 1890, el único libro de valor científico sobre los indígenas del país era el grandioso resumen de todas las noticias conservadas en los cronistas y otros documentos históricos que don José Toribio Medina publicó en 1882 con el título *Los aborígenes de Chile*. El autor también se había aprovechado de todas las publicaciones científicas editadas

hasta la fecha por autores europeos y norteamericanos; pero no existían investigaciones científicas directas según los métodos modernos de la etnología y la lingüística. (p. 9)

... Fue el interés puramente lingüístico de conocer la pronunciación de la lengua araucana el motivo de mi primer viaje a la “frontera” que emprendí en 1891; pero luego comprendí que todos los cuentos, narraciones y cantos, que había apuntado con exactitud fonética eran a la vez interesantes documentos originales para estudiar el alma de los indígenas. Comencé a dedicarme a la etnología araucana. (p. 11)

Producto de las investigaciones de campo realizadas entre 1891 y 1897, “durante sus vacaciones [...], acompañado frecuentemente de su esposa, y costeadando personalmente los gastos” (Rabanales, 2002, p. 169), en Collipulli, Victoria y Cholchol, además del estudio del dialecto huilliche con Domingo Quintuprai, que le visita en Santiago, y de las recolecciones que le envía Víctor Manuel Chiappa, corregidas por Lenz en sus visitas (Sánchez, 2013), surgen sus doce *Estudios araucanos* (Lenz, 1895-1897). Esta obra es la primera colección publicada de textos originales y literatura oral en mapundungún, diferenciado en cuatro dialectos, con su traducción literal al castellano y con una explicitación de los diversos autores de los textos recopilados.

De estos *Estudios araucanos*, destacamos el relato de Domingo Quintuprai, denominado “Viaje al país de los manzaneros”, que describe un viaje emprendido por él alrededor de 1871, “para vender aguardiente a los pehuenches establecidos en la falda oriental de la cordillera, entre los lagos Nacar y Nahuelhuapi”, y cuya narración “abunda en pasajes interesantes y característicos para el conocimiento de las costumbres de la vida privada, política y religiosa de los indios” (Lenz, 1895-1897, pp. 4-5). Además de ser el

primer relato de un mapuche como viajero, es también un testimonio de la vida transfronteriza que llevaban usualmente los indígenas a ambos lados de la cordillera.

Otros elementos que destacamos de esta obra son las descripciones y cantos asociados a la trilla con los pies, relatos tales como la erupción del volcán Calbuco, el relato de un paseo al monte y el protocolo para saludar la llegada de un forastero, los numerosos cuentos y cantos sobre distintos aspectos de la vida rural, el cuidado y el robo de ganado, los malones, los cantos de las machis, entre otros, así como los comentarios, descripciones y análisis del propio Lenz.

A continuación, exponemos algunos extractos de esta obra que comentamos, relacionados con la ruralidad en la Araucanía:

... [Cuando] acaban de sacar las espigas, entonces otra vez convidan a la trilla a esas mujeres. Entonces hacen aloja. Convidan a las mujeres jóvenes y a los mozos. Al anochecer, principia la trilla, en la noche se trilla. Se aprietan unos a otros, se aprieta las piernas con la niña el mozo, y cantan abrazándose los dos. Entonces acaban su trilla y van a sentarse, después de haber colocado cueros para sentarse encima los trilladores. Se les da aloja y caldo. Entonces platican los unos, los otros escuchando. [Cuando] concluyen de comer, entonces van a dormir las muchachas y con ellas se acuestan los mozos. Así son, pues, los mapuches. (Descripción de la trilla entre los pehuenches por Segundo Jara Calvún. Lenz, 1895-1897, p. 422)

La trilla con los pies ya es rara entre los indios y sólo se conserva en las pequeñas reducciones. En general usan hoy como los hacendados chilenos la trilla con yeguas y ya hay algunos indios progresistas que principian a emplear las máquinas modernas. (Lenz, 1895-1897, p. 423)

Soy de la opinión que tales descripciones de costumbres y ceremonias comunicadas por inteligentes indígenas, merecen más fe y atención que las observaciones de viajeros que generalmente no conocen el

idioma lo suficiente para llegar a resultados seguros. (Lenz, 1895-1897, p. 420)

A propósito de esta última cita, que sostiene el rol clave tanto del conocimiento sistemático del idioma nativo como del relato de los propios sujetos de la cultura en estudio en la descripción etnográfica, se configura el “sello Lenz” de la investigación científica en etnología, lingüística y el folklore, influyendo y agrupando en torno a su figura a una serie de investigadores, entre ellos Tomás Guevara, Manuel Manquilef, fray Félix José de Augusta, Ernesto Wilhem de Moesbach y Eulogio Robles Rodríguez (Pavez, 2016). Pavez (2016) lo explica de la siguiente forma:

Es indiscutible que los *Estudios araucanos*, primeros textos bilingües de folclor mapuche, abrieron la puerta a toda una seguidilla de obras y autores que, basados en la cientificidad de los aportes de Lenz, se propusieron ampliar y densificar la producción de textualidad en torno a la etnología y el folclor no sólo de los mapuche [...]. Se conformó así una red que abarcaba a personajes de diversas procedencias nacionales, profesionales, geográficas e ideológicas, a veces incluso antagónicas entre ellas. Todos ellos se inspiraron de los trabajos de Lenz, gozaron de su apoyo intelectual y político, adoptaron y adaptaron sus métodos, su búsqueda de los “textos completos” o “textos continuos” de la lengua luego dados a traducir, su interés en las costumbres, prácticas, artes y oficios tradicionales, su metodología etnográfica con informantes nativos como coproductores de textos, y su valoración del idioma como forma de acceso al *Volkgeist* y su *Weltanschauung*. (pp. 15-16)

Lo anterior se complementa con la creación, en 1909, de la Sociedad de Folklore Chileno (SFCH), institución también liderada por Lenz, quien se desempeñó como presidente desde sus inicios hasta su término en 1913, donde pasa a ser una sección de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, también presidida por Lenz, hasta que cesó sus actividades en 1921,

luego de que el filólogo alemán viajara fuera del país (Spencer, Contreras & Rammsy, 2019).

Destacamos tres efectos de la presencia central de Lenz en esta institucionalización del folklore chileno como disciplina. El primero es el carácter científico que se quiso imprimir a los estudios de folklore en Chile. El segundo es la concepción del folklore como una rama de la etnología, idea formulada por el propio Lenz en un ensayo que tituló “Etnología y folklore”, inserto en el programa de la SFCH (Lenz, 1909):

El folklore es aquella rama de la “ciencia del hombre” que busca la mayor parte de los materiales que se necesitan para la aplicación del método inductivo y comparado en la etnología. Recoge los mitos y todas las manifestaciones de las creencias populares, las leyendas, las consejas, los cuentos, cantos y proverbios, las supersticiones y costumbres. Mientras la etnología general debe siempre tomar en cuenta a todas las naciones del mundo, cualquiera que sea su grado de civilización y parentesco, el folklore se limita a una sola nación o un grupo de naciones que tienen historia común, pero puede también limitarse hasta a una sola provincia y aún a una sola clase de individuos: podría, por ejemplo, hablarse de un folklore de los pescadores chilotes, del minero, del marinero o del bandido chileno. (p. 8)

El tercer efecto es la incorporación de los estudios indígenas dentro del ámbito folklórico, lo que permitió promover y publicar importantes estudios mayoritariamente del pueblo mapuche. En consecuencia, en Chile los estudios del folklore surgen como una disciplina científica emparentada estrechamente con la antropología, que plantea por vez primera en el país “la necesidad de estudiar la cultura de las clases subalternas y de los pueblos indígenas desde la perspectiva de la etnología” (Donoso & Tapia, 2017).

Algunos miembros de la SFCH fueron: Ramón Laval, Julio Vicuña Cifuentes, Tomás Guevara,

Ricardo E. Latcham, Manuel Manquilef, Eulogio Robles Rodríguez, Tomás Thayer Ojeda, Francisco Cavada, Eleodoro Flores y Sperata Revillo de Saunière, entre otros.

• **Autores/as y obras destacadas como fuentes y precursores de la antropología rural**

a) Tomás Guevara

Tomás Guevara nace en Curicó en 1865 y, tras combatir en la Guerra del Pacífico y estudiar en Santiago, ejerce como profesor en el liceo de su ciudad natal. A esta ciudad le dedica su primera obra historiográfica: *Historia de Curicó* (1890), que tiene el mérito de ser una de las primeras historias locales (si no es la primera) que tanta utilidad brindan a los trabajos de antropología rural y que se multiplicaron a medida que avanzaba el siglo XX, escritas por lo general por los mismos coterráneos que contaban con instrucción suficiente, con frecuencia por iniciativa propia y recursos propios. Esta obra fue estimulada antes de su publicación por el historiador Barros Arana con las siguientes palabras:

¡Ojalá que usted continuara sus investigaciones sobre la historia de esa provincia! Un trabajo de esa clase, útil para la localidad, lo es también para el historiador que necesita de guías parciales para formar una crónica general. Usted no puede imaginarse el trabajo que me cuesta el descubrir y comprobar accidentes que habrían debido ser estudiados y referidos en las historias locales. (Prólogo, Guevara, 1890, pp. 5-6)

El libro se estructura de manera similar a la *Historia general de Chile* de Barros Arana (1999 [1884]). Comienza con un capítulo dedicado a la población indígena que habitaba la zona de Curicó antes y durante la llegada de los

españoles, sus diferentes asentamientos, sus prácticas agrícolas, para luego describir las encomiendas y reducciones. Destacamos también la relación que realiza de la constitución de la propiedad y la colonización en la zona de Curicó, así como del surgimiento de su vocación eminentemente agrícola. También señala la participación local en procesos más generales, como la Guerra de Arauco, la Independencia y la Guerra del Pacífico, así como episodios locales como la fundación de iglesias y villas, montoneras y bandolerismo, entre otros aspectos.

La investigación mapuche de Guevara se inicia a propósito de su traslado a la escuela de Angol en 1892, donde ejerce más adelante cargos políticos y se integra como profesor y rector en el Liceo de Temuco en 1889. De esta serie de obras, destacamos su *Historia de la civilización de la Araucanía* (tres tomos: Guevara, 1898a, 1898b y 1902), especialmente el Tomo I, denominado “Antropología araucana” y el Tomo III, “Los araucanos y la República”, que culmina con la colonización y la situación actual de la Araucanía en el tiempo de su publicación. Esta obra, que el autor dedica a Domingo Amunátegui y a Rodolfo Lenz –a quien reconoce como iniciador de los estudios modernos del araucano–, sigue la línea trazada por su historia local de Curicó hacia una historia regional:

Estas páginas encierran propiamente la historia de las provincias de Arauco, Malleco, Cautín y una parte de las de Biobío y Valdivia; es decir, de todo el territorio que hasta hace poco tiempo se conocía con la denominación particular de Araucanía. Es, por tanto, una verdadera historia regional. (Guevara, 1898a, p. 5)

En esta obra, la vocación de historiador local y regional se encuentra inevitablemente con la etnología:

Se ha trazado, pues, un cuadro más o menos completo de la sociología araucana, desde los primitivos tiempos hasta el presente. Para seguir esta evolución de las costumbres, hemos utilizado las fuentes de investigación apuntadas y nuestra propia y directa observación. [...] En suma, hemos deseado arreglar un libro en que los eruditos encuentren muchas particularidades originales; que sea para la generalidad de los lectores útil, instructivo, de fácil consulta y con la realidad objetiva de las ilustraciones a la vista, y que despierte el gusto por los estudios etnográficos, arqueológicos y del folklore araucano, tan desconocidos en esta sección del país. (Guevara, 1898a, pp. 8-9)

Importantes datos para la antropología rural se encuentran también en *Costumbres judiciales y enseñanza de los araucanos* (1904), *Psicología del pueblo araucano* (1908) y *Folklore araucano* (1911), en donde presenta y estudia una serie de refranes, cuentos, cantos, narraciones (como un *rukan* o construcción de una ruca), adivinanzas, procedimientos (para hacer chicha de manzana y mudai, lazos de cuero, entre otros) y otros usos y costumbres (por ejemplo, el uso del tabaco, concepciones fisiológicas y sexuales).

Por otra parte, es relevante mencionar el libro *Las últimas familias y costumbres araucanas* (1913), que presenta en su primera parte diversos relatos de informantes sobre sus familias y otras familias que conocen, además de algunos documentos (cartas, principalmente) asociados a los relatos. En su segunda parte, se profundiza en los cambios culturales que se han producido en el régimen social y familiar, en las artes y ocupaciones y en las creencias, entre otros aspectos relevantes de la situación de la sociedad mapuche de la época.

En definitiva, Guevara es un autor prolífico que aporta una gran cantidad de información sobre el pueblo mapuche, su historia y sus costumbres rurales, además de ser un precursor

de las historias locales y regionales en Chile, también valiosas para la antropología rural. Vale la pena advertir, empero, que sus obras sobre los indígenas mapuche contienen prejuicios y epítetos etnocéntricos y racistas que llegan a ser incluso despreciativos, derivados de un ideario evolucionista funcional “al plan de asimilación de los 70 mil u 80 mil indígenas que aún sobreviven”, al cual adhiere con toda claridad en su advertencia del libro *Psicología araucana* (Guevara, 1908, p. 5). Esto ha sido objeto de análisis específicos (León, 2007), así como su método de trabajo, en el cual desplegó un “gabinete o laboratorio etnológico” o una “oficina etnográfica” (Pavez, 2003) de colaboradores indígenas que hizo posible la alta productividad en las investigaciones que aparecieron bajo su autoría¹². En torno a la producción de la obra *Las últimas familias y costumbres araucanas*, Pavez señala lo siguiente:

... es necesario entender esta operación historiográfica como producto de un gabinete o laboratorio etnológico, pionero en su género, en donde participan como autores, escribanos, narradores, traductores y editores (en total 24 personajes mapuches y dos chilenos), bajo la sombra institucional de un etnólogo e historiador autodidacta como es el pedagogo Tomás Guevara. (Pavez, 2003, p. 13)

b) Manuel Manquilef

Manuel Manquilef nace en 1887, en “la revoltosa comarca de Maquewa, en el lugar denominado Mütrenko” (Manquilef, 1911, p. 5). Después de vivir su infancia en Pelal, localidad cercana a la estación de Quepe, estudia en Temuco para luego obtener el título de profesor normalista en Chillán, tras lo cual trabajó en el Liceo de Temuco como escribiente y bibliotecario en 1907, año en el cual comienza su colaboración con Tomás Guevara y en que se integra “a su equipo de trabajo como

informante, redactor, traductor e intérprete en los libros *Psicología del pueblo araucano* (1908), *Folklore araucano* (1911), *Las últimas familias y costumbres araucanas* (1913) e *Historia de Chile: Chile prehispano* (1925-1927)¹³.

A sus 24 años, Manuel Manquilef se convierte en el primer autor mapuche en publicar una obra científica en Chile (Lenz, en “Prólogo” de Manquilef, 1911) y el primer autor mapuche que publica en su lengua (Payàs, 2015) con la obra titulada *Comentarios del pueblo araucano (la faz social)* (Manquilef, 1911). Esta publicación, que había ganado un certamen “literario-científico” para conmemorar el primer centenario de la República, contó con la promoción y la edición de Rodolfo Lenz.

El texto de Manquilef consta de relatos asociados a los vestidos y adornos de fiestas, el rukan (construcción de la ruca), la marcadura de los animales, construcción de un corral o cerco, ceremonia del regreso de un viajero, la preparación de mudai y de chicha de manzana, todo ello en su versión en mapudungun, su traducción literal y la traducción libre que permite comprender mejor el contenido en castellano (similar a los *Estudios araucanos* de Lenz). Se incorporan valiosas fotografías de la época, todas ellas de contexto rural.

Llama la atención que la descripción del rukan es prácticamente la misma que aparece en *Folklore araucano* de Guevara —quien reconoce que fue Manquilef quien la “anotó”—, salvo por algunas diferencias en el relato y en la incorporación de la traducción literal, que la versión publicada de Guevara no contiene. Si bien ambas publicaciones son del mismo año (1911), Manquilef ya había incorporado esta descripción en 1910, año en que firma el prólogo de su primera obra. Es evidente —

un hecho constatado por estudios posteriores (Pavez, 2003)— que Manquilef pretende distanciarse de Guevara y generar su propia autoría, con el apoyo de Lenz, el cual, sin embargo, ejerce un control bastante invasivo de esta primera obra, tanto en su prólogo como en notas intercaladas en el texto, con opiniones críticas de las traducciones realizadas por el autor, como si el verdadero investigador fuera él y no Manquilef, a quien pretende convertir en un “informante antropológico”, manteniendo “la relación colonial entre el “etnólogo experto” y el “informante nativo” (Mallon, 2010, p. 64). Al respecto, Payàs (2015) señala lo siguiente:

El efecto de estas intromisiones post facto no es, a juicio nuestro, demostrar una colaboración, sino convencer de que, a fin de cuentas (y por eso quien escribe el prólogo tiene de hecho la última palabra), la verdad científica sobre la lengua y la cultura mapuche no la tiene en definitiva el “lejítimo araucano” sino el erudito extranjero. (p. 103)

La siguiente obra que destacamos de Manquilef es la continuación de la primera: *Comentarios del pueblo araucano: II. La gimnasia nacional (juegos, ejercicios y bailes)*, escrita en 1911, pero publicada en 1914. En este volumen se presentan diversos tipos de juegos, ejercicios, bailes, no solo los propios o tradicionales de la cultura mapuche, sino también los asimilados, como los naipes, el tejo y la equitación. Asimismo, incorpora aspectos relativos a la natación y a la importancia de los baños, así como también sobre las tácticas y capacidades militares de los indígenas mapuche.

A diferencia del primer volumen, aquí Manquilef despliega mayores recursos en su abordaje antropológico: primero por su dominio del tema en tanto profesor de gimnasia; segundo, porque no se limita a presentar relatos de costumbres en

mapudungun y castellano, sino que las analiza y clasifica en diversas categorías, y tercero, porque utiliza citas de otros autores, traduciéndolas del castellano al mapudungun. Declara que su estudio se basa en “numerosas investigaciones practicadas en distintos puntos de la Araucanía” (Manquilef, 1914, p. 96 [22]), con lo que destaca su rol de etnógrafo, el cual se puede apreciar en las descripciones que realiza. Por otra parte, la obra es más contundente que la anterior en cuanto a dibujos y fotografías que ilustran la exposición de los temas tratados. En definitiva, nos parece que esta obra es un estudio etnográfico con todas sus letras, no muy distinto al que se podría hacer hoy, sobre costumbres rurales específicas de la cultura mapuche a principios del siglo XX, con el factor adicional de contar con una perspectiva comprometida que pone en relevancia el valor cultural del pueblo mapuche.

Cabe señalar que *Comentarios II* –como le llama abreviadamente Payàs (2015)– también fue una obra “intervenida” por Rodolfo Lenz, esta vez con severas críticas respecto de la traducción desde el mapudungun al castellano –al punto de proponer una columna adicional de su propia mano en el análisis de algunas descripciones– y también de la traducción del castellano al mapudungun, lo cual para Lenz resulta imposible. Todo ello lo argumenta en su prólogo que denomina “El arte de la traducción”. Sin perjuicio de este tema –que ha motivado varios análisis en las últimas décadas (Menard, 2006; Mallon, 2010; Payàs, 2015)–, nos parece que, con esta obra, sumada a la anterior, Manquilef logra superar el estatus de “informante nativo” a través de su producción autoetnográfica, entendida como la elaboración de “textos por los cuales los individuos emprenden la descripción de sus propias culturas, empleando ya sea la lengua o los estilos discursivos y estra-

tegias de narración pertenecientes a la cultura dominante” (Payàs, 2015, p. 89), así como por su temprana condición de “antropólogo nativo” (Mallon, 2010), que propone una perspectiva diferente a la hegemónica y cuya emergencia “es parte de una descolonización esencial del conocimiento antropológico” (Jones, 1970, cit. en Mallon, 2010, p. 69).

Esto último también se puede apreciar en la tercera obra que destacamos de este autor: *¡Las tierras de Arauco! El último cacique* (1915), en la cual, utilizando el formato literario del ensayo político, que en aquel entonces era corriente en los autores críticos del primer centenario de la República, se dedica a representar las “verdades bien amargas” de la llamada “Pacificación de la Araucanía” y de la consiguiente ocupación y control del territorio determinado por el Estado chileno, y a denunciar una serie de irregularidades, atropellos e injusticias que sucedieron en aquella gran transformación del mundo rural en la Araucanía:

El Gobierno de Chile violó tratados, promesas. Hizo pedazos la Constitución declarando la guerra a Arauco en la forma más insidiosa y ruin que jamás una nación lo hiciera. Lo pervirtió hasta matar en parte sus energías y hoy eleva estatuas a esos conquistadores que a fuerza de propagar vicios, le permitió quitar tierras, animales y lo que es más, la vida a una nación.

Vive aún mucha gente testigos de la felonía de esos famosos pacificadores de Arauco [...] ¿Qué sucedía? Pasaba el asistente del general y salía un quiltro de una ruca, a avisarle al general que los indios se habían sublevado y tras ello el castigo y el arrebato de miles de sus animales, que iban a incrementar la fortuna de esos pacificadores. En todas las plazas fuertes existía un corral anexo donde se marcaban toda la noche, los animales conquistados en el día. Reclamaba el indio; se le negaba fueran sus animales los recién marcados, y se les ahuyentaba diciéndoles que eran unos ladrones que le querían robar los animales a su general. (pp. 8-9)

Manquilef aborda con especial atención la Ley de Radicación de los indígenas mapuche, que implicó una reducción significativa de los terrenos que ocupaban:

¿Cómo pudieron los legisladores pensar que a un pueblo rico y pastor, que tenía por suya la tierra que abarcaba su vista, se le iba a reducir a la estrechez de un cuarto? [...] Aunque la Ley de Radicación es perfectamente constitucional, su práctica ha sido la conquista más pesada y dura: engaños, violencias, asesinatos, quemar rucas e indios, etc. [...] No se respetó la definición legal “o sea que la posesión es la tenencia de una cosa con ánimo de señor y dueño” sino que se llegó a sentar que la posesión del indio sólo podía ejercitarse en el terreno que cultivaban próximo a la ruca. Se les negó el derecho de ser dueño de la montaña virgen, de la vega naturalmente limpia donde pastaban sus animales. En una palabra, se despreció el acto posesorio por excelencia que el indio podía ejercitar como pastor que era; el talar sus animales y lógicamente como era esa casi la única manifestación de su tenencia o dominio. Se les arrebató todo y dejó reducidos a los corrales donde guardaban sus numerosos rebaños, y a unas cuantas varas de tierra próximas a la ruca. (pp. 9-10)

En este ensayo, Manquilef argumenta que las radicaciones colectivas o en común a las que el pueblo mapuche se vio forzado, fueron perniciosas, tanto por complicar la explotación de tales propiedades como por producir una igualdad inexistente anteriormente, lo que generó “un golpe premeditado al parecer contra los indios más pudientes, a sus fortunas que quizás les habrían servido para educar a sus hijos, quienes habrían defendido a su raza de tanto abuso” (p. 11). Por ello, propone un proyecto de ley en el cual se realicen divisiones fomentando la propiedad individual de los indígenas, lo cual resolvería varios de los problemas indicados y generaría:

... trabajadores para los fundos; pequeños propietarios que aumentarán la riqueza pública; el cierre de tanta propiedad abierta que es la causa del sinnúmero de robos de animales imposible de evitar ni pesquisar, y que los juzgados se descarguen del pesado trabajo de los procesos en comunidad y no estén ya llenos de indios [...] centenares de infelices en demanda de justicia que jamás consiguen y que como hambrientos buscarán hasta que mueran. (p. 38)

De acuerdo a Florencia Mallon (2010), si bien este proyecto de ley no fue compartido por otros dirigentes mapuche, es importante considerar que era coherente con su visión de cómo defender a su pueblo, pues para Manquilef “solamente a través de la división y privatización de las tierras mapuche –mediante la educación, la integración y la propiedad privada– es que será posible que el pueblo mapuche se encuentre con la sociedad chilena en igualdad de condiciones” (p. 73), lo cual implica una “búsqueda de reconocimiento para su pueblo entero dentro del ‘mundo civilizado’” (p.72). Al respecto, Mallon (2010) indica lo siguiente:

De hecho, como un hombre moderno y educado, que a un nivel muy profundo no puede dejar de creer que el Estado y sus leyes deben ser, en principio y en abstracto, justos con todos por igual, Manquilef vive una profunda contradicción. La situación de su pueblo le grita, una y otra vez, que la teoría y la práctica de la modernidad no son coherentes entre sí. (p. 72)

En esta encrucijada se yergue la producción intelectual y política de Manquilef, a quien consideramos un precursor de una antropología rural “nativa” y comprometida, cuyo activismo comienza en paralelo a sus primeros textos antropológicos, en el seno de la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía, para posteriormente ejercer como diputado en dos períodos, entre 1926 y 1931¹⁴.

c) Ricardo E. Latcham

Ricardo E. Latcham Cartwright fue un ingeniero inglés que llegó a Chile en 1888 para trabajar en la radicación de colonos en la provincia de Malleco. En palabras de Grete Motsny (1967):

La tarea que se asignó al joven inglés consistía en dirigir los trabajos necesarios para preparar la futura radicación de colonos en el interior de la provincia de Malleco. El recién llegado ingeniero se internó en la región de la Frontera a caballo, acompañado por un baqueano y un alarife, sin conocer ni una sola palabra de castellano; bajo la lluvia incesante de invierno atravesó densas selvas por los angostos senderos abiertos por los indios. Alojaba en las rucas de los araucanos, aprendiendo poco a poco su idioma, haciéndose amigo de ellos: al mismo tiempo observaba sus costumbres y sus modos de vida. (p. 9)

En la introducción a su obra *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos* (1924), Latcham nos relata las experiencias que le motivaron a estudiar los modos de vida de los indígenas mapuche y de las cuales se sirve para construir esta publicación, siguiendo la línea trazada por Medina (1882), que actualiza con los estudios más recientes de la época:

Al mismo tiempo que aprovechamos todos los datos proporcionados por los documentos a que hemos hecho referencia, utilizamos, para corregir y complementarlos, nuestras propias observaciones, anotadas durante un período de más de cinco años, que pasamos en íntimo contacto con los araucanos actuales (1888-1890 y 1892-1895), en las regiones subandinas de Malleco, Lonquimay y Llaima; y después en la de los llanos entre Traiguén y el Cautín, especialmente en la vecindad de Cholchol. Durante dos años, vivió el autor en las mismas habitaciones de los indios y tuvo abundantes oportunidades de observar la mayor parte de las costumbres, sin que los indios tuvieran esa desconfianza y preocupación que casi siempre demuestran a los extraños. Contribuyó a este fin, el hecho de que casi todos los hacheros de la faena a nuestras órde-

nes, ocupada en abrir caminos a través del bosque, eran mapuches. En los campamentos, terminadas las tareas del día, conversando con ellos, pudimos progresar en nuestros conocimientos de su lengua y poco a poco ganarles la voluntad y la confianza. (Latcham, 1924, p. 8)

Latcham es un extranjero europeo contemporáneo a Rodolfo Lenz, y si bien se integra a la Sociedad de Folklore Chileno y a otras organizaciones científicas, no participa de la centralidad etnolingüística promovida por el filólogo alemán, puesto que sus referentes teóricos en cuanto a la etnología están conectados con la antropología británica y europea en general. En los primeros años del siglo XX, ya es autor corresponsal del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, a la vez que desarrolla como interés principal el pasado prehistórico de los indígenas de Chile, que tiene un influjo fundamental con la llegada de Max Uhle a Chile en 1911, con quien trabaja estrechamente, ampliando su formación arqueológica y sus intereses investigativos:

La estada de Uhle en Santiago fue a nuestro entender, fundamental para Latcham, en dos sentidos. Por un lado, le actualizó del conocimiento sobre la prehistoria peruana, dado que Uhle había descollado previamente en el antiguo virreinato poniendo los cimientos de los estudios arqueológicos y, por otro, le hizo llamar la atención sobre la importancia y antigüedad de los habitantes de la costa. (González, 2014, p. 76)

Debido a su interés principal en el pasado, no abundan en Latcham las descripciones etnográficas; pero en materia rural destacamos su vívida descripción de “La fiesta de Andacollo y sus danzas” (1910), una de las manifestaciones más importantes de la religiosidad popular del Norte Chico de Chile:

Durante una residencia de varios años en la provincia de Coquimbo, tuve oportunidad en varias ocasiones de presenciar esta fiesta, y de estudiar el problema de la persistencia entre la población rural de ritos arcaicos en pleno siglo veinte. (Latcham, 1910, p. 663)

El párrafo citado revela la perspectiva evolucionista en que se sitúa Latcham, puesto que la fiesta de Andacollo, y especialmente sus danzas, que a sus ojos son “costumbres destinadas tal vez a desaparecer” (p. 680), son concebidas por el autor como “supervivencias” (*survivals*), costumbres que “permanecen como pruebas y ejemplos de una condición antigua de la cultura” (Tylor, 1993, p. 73) y, por lo tanto, como una llave a su interés principal: el pasado prehistórico:

Aparte de su aspecto religioso, esta fiesta presenta un gran interés, por la supervivencia de algunas curiosas costumbres indígenas, probablemente prehistóricas; las que el celo cristiano no ha logrado desterrar, sino simplemente modificar en algún grado. [...] estas costumbres o supersticiones que se practican en lugares apartados, no son simplemente juegos ridículos que sirven solamente para la risa y para la diversión, sino que son a menudo los restos de antiguas costumbres o ritos conservados durante muchas generaciones, y que estudiados de una manera imparcial pueden arrojar mucha luz sobre la vida y modo de pensar de los antiguos habitantes, de los cuales desgraciadamente sabemos tan poco. (Latcham, 1910, p. 663)

Esto explica el carácter de su narración: Latcham nos relata lo que vio, sintió y anotó, con esmerado detalle e interesantes reflexiones, con escenas conmovedoras e impactantes, pero con actitud distante y asombrada respecto del fervor religioso, con la calificación simplista de “costumbres curiosas”, sin proporcionar mayor explicación ni tampoco profundizar en los significados de los propios actores sociales (perspectiva *emic*) que participan de esta festividad.

No obstante, podemos decir que en su publicación posterior de 1924, Latcham “desclasifica” su intento infructuoso de ir más allá en el significado ritual de los bailes de cofradías en el Norte Chico, a pesar de que continúa concibiéndolos como supervivencias:

Cada distrito tiene su baile, que es una cofradía secreta a que solamente admiten los iniciados y cada uno tiene su ritual particular. Muchas veces durante los años que permanecemos en La Serena, tratamos de averiguar el ritual secreto de algunos de estos bailes; pero mientras no ofrecían ningún inconveniente a que presenciáramos sus ejercicios de baile, no pudimos nunca conseguir datos concretos respecto de los ritos interiores de sus cofradías. Estos bailes son comunes en diversas partes del país y tienen fama, además de los que hemos mencionado, los de Quillota, de Pelequén, de Petorca, de Yumbel, etc. Son supervivencias de las antiguas sociedades esotéricas indígenas que han perdurado desde épocas remotas y durante el tiempo de la colonia figuraban en todas las grandes fiestas y procesiones de la iglesia como aún lo hacen en muchas partes. (Latcham, 1924, pp. 257-258)

Respecto de los bailes chinos, presenciados por Latcham en Andacollo a principios del siglo XX, recomendamos los completísimos trabajos liderados por los antropólogos Rafael Contreras y Daniel González (Contreras & González, 2014; Contreras et al., 2019), que entregan una contundente historia y etnografía de estas ritualidades rurales y campesinas del Norte Chico chileno, cuyos protagonistas son los mismos sujetos sociales que las practican.

En 1915, Latcham publica una importante obra para la antropología chilena: *Conferencias sobre antropología, etnología y arqueología*, el primer libro de divulgación dirigido al público en general acerca del “objeto y alcance de estas ciencias, su estado actual y los resultados obtenidos por su estudio en Chile” (Latcham, 1915, p. 3). En

esta obra, Latcham explica algunos problemas generales de la antropología contemporánea de aquellos años, entre ellos las ideas de progreso y civilización. En este ámbito, bajo el influjo del ideario evolucionista y el principio de unidad psíquica de la humanidad, plantea una interesante reflexión sobre el racismo, que reproducimos a continuación:

Al considerar el progreso, tenemos la tendencia, a veces involuntaria, de hacer comparaciones con la civilización que conocemos; y cuando encontramos pueblos que aun no conciben los elementos de esta civilización, los calificamos inmediatamente de inferiores e incapaces. Puede ser errónea esta concepción; y frecuentemente lo es.

Las primeras civilizaciones [...] comenzaron, a lo sumo, hace ocho o diez mil años. Comparados con el tiempo que el hombre ha habitado la tierra, es de época muy reciente. Sin embargo, en aquellos tiempos, todos los pueblos de Europa eran salvajes o bárbaros, y ninguno de ellos había alcanzado siquiera el grado de cultura que encontraron en Chile los conquistadores españoles.

Usando la misma lógica, ¿no habrían tenido razón los chinos o los egipcios al calificar de razas inferiores a los europeos? No obstante, los resultados han comprobado lo contrario. ¿Quién nos puede asegurar que aquellos pueblos que despreciamos hoy por su atraso, no sean mañana altamente civilizados, si se le coloca en condiciones propicias para su evolución?

[...] En sus principios las condiciones síquicas del hombre son iguales por todas partes, y su desarrollo sigue por líneas paralelas; sólo sucede que se presentan factores que dan mayores impulsos en algunos casos que en otros. A falta de estos impulsos, el progreso se retarda a veces indefinidamente, pero ¿quién se atreve a decir que no existe un embrión? (Latcham, 1915, p. 61)

En este orden de ideas, plantea, a modo de ejemplo, que en las clases rurales se difunden más lentamente los adelantos de la civilización, asimilándose imperfectamente las “ideas y costumbres

modernas” (Latcham, 1915, p. 62). Como costumbres imposibles o difíciles de desarraigar, señala el ejemplo de los bailes a la virgen, “comunes entre las poblaciones rurales de Chile y otros países de Sud-América” (Latcham, 1915, p. 62), así como la situación del inquilinaje, que concibe como una “supervivencia” de anteriores condiciones, como la esclavitud, el feudalismo y las encomiendas:

La emancipación del esclavo y la libertación de la servidumbre se efectuaron sólo parcialmente y en muchas partes aún existen sólo en el nombre. Algunos efectos de esto se notan en el país hoy en día, en la supervivencia de varias costumbres feudales. Las encomiendas, suprimidas hace más de un siglo, fueron reemplazadas por el inquilinaje; lo que en principio no fue más que otro nombre para la misma cosa, puesto que no cambió en mucho la condición de los agraciados, quienes por la fuerza de la costumbre, continuaron en su mayor parte en las haciendas o estancias en que se hallaban.

Todavía, especialmente en las localidades más apartadas de las grandes poblaciones, se encuentran los descendientes de los encomendados ocupando los mismos parajes, dedicados a las mismas faenas, siguiendo las mismas costumbres, y soportando con resignación y tranquilidad las mismas imposiciones y vejámenes que sus antepasados. (Latcham, 1915, p. 63)

De acuerdo con Latcham (1915), en Chile el “conservantismo”, que a fuerza de la costumbre impide o dificulta la evolución y el progreso, se daría más especialmente en la gente del campo:

El campesino chileno ¿cuánto ha avanzado desde la época colonial? ¿No conserva las mismas supersticiones y costumbres de antaño? ¿Son diferentes los ranchos de ramas y totora que habita? ¿El ajuar que usa ha mejorado? ¿Su indumentaria de ojotas, poncho, faja, etc., no es la misma que antes? ¿No se muestra todavía enemigo acérrimo de las innovaciones, usando de preferencia su arado de palo, trillando con su manada de yeguas y prefiriendo su almud, fanega, arroba, vara y reales a las más modernas y fáciles medidas y monedas? (p. 63)

En definitiva, estos ejemplos, tomados desde la ruralidad de Chile Central en aquella época, sirven a Latcham (1915) para “demostrar que si en estos tiempos de progreso y de actividad la masa de un pueblo continua inerte y reacia, no es de extrañarse que lo fuera mucho más en épocas en que la vida no tenía tantos estímulos ni era tan extrema” (pp. 63-64).

A nuestro parecer, lo que figura en el texto como un ejemplo local de una característica propia de la humanidad y de los problemas que enfrenta la antropología, contiene el subtexto de una crítica al sistema de inquilinaje —que implica la existencia de esclavos sin existir legalmente la esclavitud— y al estancamiento de las precarias condiciones de vida y de producción de los habitantes rurales de la época, producto de la cultura propia, pero también de la falta de un “impulso” civilizatorio.

El último texto que destacaremos de Latcham es *La agricultura precolombina en Chile y los países vecinos* (1936), un extenso estudio en donde se analizan diferentes aspectos de la agricultura precolombina, principalmente en Chile, pero también en otros países de Sudamérica: las plantas silvestres comestibles, los árboles frutales y arbustos con frutos comestibles, las raíces y tubérculos, las plantas cultivadas, los métodos de cultivo, los útiles de labranza, entre otros aspectos en los cuales Latcham integra descripciones de cronistas y viajeros, junto con estudios contemporáneos de arqueología y antropología al respecto.

Esta obra es un referente importante no solo para la antropología rural en Chile, sino también para el estudio y la promoción de la agricultura indígena en relación con el actual interés por la soberanía alimentaria, la agroecología y la reactivación de los saberes y prácticas de

cultivo tradicionales. Ejemplo de ello es el trabajo reciente de Gerardo Tapia (2021), como editor del libro *Tutukawe: Cultivando con una mirada labkence*, publicado por el Instituto de Investigación Agropecuaria (INIA), en donde se utiliza esta obra de Latcham como referencia, al igual que la ya citada *Agricultura* de Claudio Gay.

d) Otras obras y autores/as relevantes

A continuación señalaremos otras obras y autores/as de la época en análisis, que constituyen fuentes relevantes para la antropología rural.

- Fray Félix José de Augusta y Fray Sigifredo de Fraunhäusl, *Lecturas araucanas* (1910). Compilado de narraciones, cuentos, costumbres, canciones y otros, siguiendo la línea de los *Estudios araucanos* de Rodolfo Lenz.
- Eulogio Robles Rodríguez, con sus diversos artículos bajo el título principal de *Costumbres y creencias araucanas* (1906, 1910, 1911, 1912, 1914 y otros).
- Leotardo Matus, “Vida y costumbres de los indios araucanos” (1912), estudio que describe formas de vida, mediciones antropométricas y denuncia la condición desmejorada en que se halla la población mapuche tras la “Pacificación de la Araucanía”.
- Francisco Cavada, con su libro *Chiloé y los chilotes* (2016 [1914]), en donde expone diversos estudios de folklore y lingüística del archipiélago de Chiloé.
- Sperata de Saunière, *Cuentos populares araucanos y chilenos recogidos de la tradición oral* (1975 [1916-1918]).
- Martín Gusinde, *Medicina e higiene de los antiguos araucanos* (1917a y 1917b), estudio

que combina la revisión bibliográfica con el trabajo de campo en la Araucanía, donde examina, entre otros aspectos, la figura del/la machi y sus prácticas médicas, las enfermedades que eran frecuentes para los indígenas mapuche, la higiene, las hierbas medicinales y su utilización. En esta obra también se pronuncia sobre la situación de los indígenas en las reducciones:

... no puedo menos que confesar que durante toda la redacción de este artículo me ha acompañado y estimulado constantemente el ardiente deseo de contribuir con este modesto trabajo a despertar vivos sentimientos de simpatía hacia la raza araucana y a difundir entre nosotros la idea de que tenemos la estricta obligación de ayudar a nuestros indígenas, a quienes tenemos tanto que agradecer. [...] El eco de sus clamores de angustia y desesperación por la mísera situación a que se ven reducidos, llena tantas veces las columnas de los diarios y se apaga, por desgracia, a manera de eco. Sus caciques y representantes vienen a la capital, pidiendo amparo y reclamando sus derechos naturales y legítimos; se les despide con vanas esperanzas que jamás se realizan. (1917b, p. 231)

Posteriormente, Gusinde realiza, entre 1918 y 1924, sus cuatro expediciones a Tierra del Fuego para estudiar la cultura de los pueblos indígenas del extremo sur: selknam, yámana y kawésqar, cuyas publicaciones también abordan el contexto que estos compartían con los estancieros y otros actores y, por cierto, la limitación territorial y el gradual genocidio del pueblo selknam. (Gusinde, 1951, 1982-1991)

- Ernesto Wilhem de Moesbach, *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX* (1930), que presenta el discurso autobiográfico del lonco Pascual Coña (que vivía en la zona del lago Budi) y relatos de otros informantes, de manera bilingüe.

Rodolfo Lenz, quien prologa y colabora en la preparación de copias en máquina de escribir y en la impresión del libro, señala:

No he visto nunca una descripción tan detallada de costumbres sudamericanas, dada desde el punto de vista del indígena mismo [...] Coña da descripciones, no sólo de toda su larga vida, con su educación, sus viajes a Santiago y Buenos Aires, su participación en fiestas, ceremonias y malones, sino que describe también todas las costumbres y usanzas de su pueblo, su modo de vivir desde el nacimiento hasta el entierro. (Lenz, en Moesbach, 1930, p. 4)

Este importante libro ha tenido ediciones posteriores en donde Pascual Coña figura como autor y Moesbach como editor, así como cambios de título que reivindican la autoría de quien pronuncia el discurso, pero también que reflejan las diferentes miradas hacia la sociedad mapuche en diversos momentos y con distintas perspectivas. De acuerdo a Foote (2012), “Es un libro ‘transgénerico’ que en distintos momentos ha sido leído como etnografía, ejemplo de evangelización, memorias, testimonio y autobiografía, resultando que sus fronteras siempre han sido movedizas y permeables, dificultando su clasificación” (p. 13). Cabe señalar que la primera reedición en la cual ocurre un cambio de título es en la de ICIRA, en el marco de la reforma agraria, con el título *Pascual Coña: Memorias de un cacique mapuche*. (Coña, 1973)

“Os habla Chile rural”: el singular experimento etnográfico de Tancredo Pinochet Le Brun en la hacienda del presidente de Chile

Tancredo Pinochet Le Brun fue profesor de inglés, periodista por vocación y un escritor

prolífico nacido en Talca. Había vivido en Europa, Estados Unidos y Buenos Aires y formaba parte de la intelectualidad crítica del primer centenario de la República (Bragassi, s.f.; Pinedo, 2011). Fue, además, rector de la Escuela de Artes y Oficios. Entre su obra inicial destaca *La conquista de Chile en el siglo XX* (1909), donde denuncia la extranjerización económica y cultural del país y las políticas de inversión y colonización extranjera en desmedro de los intereses nacionales. En 1916 publica su sorprendente obra *Inquilinos en la hacienda de su excelencia* (1970 [1916]), donde relata su singular aventura en la que, motivado por conocer de primera mano los padecimientos de los inquilinos y jornaleros agrícolas, viaja a Talca con la compañía de un ayudante. Allí ambos se caracterizan como peones afuerinos y concurren a pedir trabajo en la hacienda Camarico, propiedad del entonces presidente de Chile, Juan Luis Sanfuentes.

En las primeras páginas de su escrito, en el cual se dirige en todo momento al presidente del país¹⁵, Pinochet Le Brun deja claro que lo que se propone es mucho más que escribir un relato de un viaje o un reportaje periodístico. Comienza señalando que por cerca de diez meses ha recorrido el país de Santiago a Punta Arenas, “habiendo hecho hasta ahora la mitad de mi peregrinación de estudio para completar el examen de la vida nacional desde uno a otro confín de la República”, en donde “sin prejuicios sociales ni políticos, he llevado la mirada investigadora a todos los pliegos de la actividad nacional” y estudiado “las condiciones del hombre de arriba y del hombre de abajo, en todas las provincias” (Pinochet Le Brun, 1970 [1916], p. 83). En el marco de este estudio de la vida nacional, fija su interés en las condi-

ciones sociales del inquilinaje y de los trabajadores de las haciendas. A partir de ello plantea las razones que lo llevan a aplicar un singular método de aproximación a esta realidad:

Pero ahora, Excelentísimo Señor, [...] me asaltó la idea de que no había mirado bastante de cerca el interior de la vida del inquilino chileno. Más de alguien me contradecía ciertas observaciones. Yo habría juzgado con pesimismo, habría mirado con ojos empañados, que me hicieron llegar a la conclusión desalentadora de que el inquilino chileno es una bestia de carga, un animal, no un ciudadano consciente de una República Democrática.

[...] *¿Habré sido yo un observador superficial? ¿No habré sido capaz de estudiar bien hondamente la condición social del inquilino chileno?*

Y bien me he dicho yo, Excelencia, ¿por qué no ir a una de estas haciendas a vivir, aunque sea por poco tiempo, la propia vida del inquilino, codeándome con ellos, vistiendo como ellos, comiendo como ellos, durmiendo como ellos? ¿Por qué no ser un inquilino? Así se podrá observar mejor que dejándose mostrar el fundo por el administrador, que haría ver lo que él quisiera, que no facilitaría conversaciones privadas en que se abre el corazón. Así también el inquilino, que no le hablará al “caballero”, a un enemigo, dirá todo lo que siente. Así se llegará al fondo del corazón de ese medio millón de inquilinos que nos parecen una afrenta para el país. (pp. 83-84)

En esta cita se justifica con pleno sentido la estrategia metodológica para este “estudio en terreno”, que es la observación participante de tipo encubierta, pues los investigadores se infiltran en una hacienda, haciéndose pasar por afuerinos que buscan trabajo, con el fin de observar y entrevistar a los lugareños y trabajadores sin revelar sus propósitos, puesto que, de hacerlo, podrían acceder a una versión distorsionada de la realidad o bien no lograr saber lo que realmente sienten los sujetos de

estudio. Por cierto, Pinochet Le Brun realiza esta hazaña antes que exista tal conceptualización del método etnográfico, y si bien ya existía el término “etnografía”, este se concebía en su acepción de “descripción de un pueblo o cultura” y no en su sentido metodológico, como se consolidaría posterior y definitivamente con Bronislaw Malinowski en su famosísima obra *Los argonautas del Pacífico occidental* (Malinowski, 1986), publicada originalmente en 1922. En consecuencia, coincidimos con el antropólogo Miguel Alvarado (2021) en visualizar esta obra de Pinochet Le Brun como etnográfica. Al respecto, este autor señala lo siguiente:

La etnografía no es algo que hagan sólo quienes posean el título de antropólogo o etnólogo, es la observación que hacen quienes luchan entre sus prejuicios y el asombro frente a lo observado. Etnografía es realizar una narración de un escenario sociocultural desde una densidad que integra la búsqueda de lucidez (no necesariamente objetividad) y la visión del actor. Quizás la marca más sólida sea develar lo oculto, oculto por ser algo propio de otra cultura y que nos es desconocido, o algo que está en la cultura propia, pero vive la tragedia de ser invisible, tal como lo hace Pinochet Le Brun, aunque no supiese que hacía una de las primeras etnografías sistemáticas de Chile narrando lo invisible.

[...] De este modo, mientras los primeros sabios de la antropología realizada en Chile (Martín Gusinde, Ricardo Latcham y Tomás Guevara, entre otros) iniciaban también sus trabajos, en paralelo Pinochet Le Brun se internaba etnográficamente en lo invisible, sin preocuparse por el género del texto que producía, pero comprometido por el valor moral de aquello que denuncia, llevando a la luz lo que intencionadamente se ocultaba respecto de los inquilinos chilenos. (Alvarado, 2021, pp. 68-69)

Es notable como Pinochet Le Brun, con hábil pluma y provisto de un fino sentido del humor, aprovecha al máximo su experiencia etnográfica —de tan solo un par de días en

terreno— para realizar agudas observaciones, precisas descripciones, cautivadores relatos, interesantes diálogos y profundas meditaciones capaces de interesar y conmover a los más desprevenidos lectores. De principio a fin, su prosa va y viene del relato al análisis, deteniéndose una que otra vez en sutiles descripciones densas que permiten captar un sentimiento o situación difícil de describir de manera ligera, tal como los actuales relatos etnográficos que se eligen redactar en primera persona.

Por cierto, no pretende Pinochet Le Brun realizar una monografía erudita, pero sí busca impactar política y socialmente con evidencias concluyentes. Su objetivo no es solo informar y develar una realidad oprobiosa, sino que utilizar su experiencia de primera fuente —autoridad etnográfica, podría decirse— para entregar un análisis de la cuestión e interpelar directamente al presidente de la República y, por extensión, a la clase política, para que cese su indiferencia centenaria ante la miseria de “medio millón de inquilinos”, así como remecer al público respecto de este tema, no por su importancia en sí misma únicamente, sino en relación con el país y la sociedad que se está construyendo. En palabras de Alvarado (2021):

¿Qué le da a Pinochet Le Brun su profundidad? Sostenemos que es el escándalo, él no admite lo que ve, no lo naturaliza, quiere narrar no para componer un texto más, sino para remover conciencias y en especial las de la clase política, encabezada por el presidente de la República. (p. 81)

Esta búsqueda del escándalo hace que la aventura de Pinochet Le Brun no solo sea una experiencia etnográfica, sino un experimento; una acción planificada que, a nuestro parecer,

va más allá de lo que Alvarado (2021) llama una “etnografía de agitación” (p. 71). Nos parece así porque no se agota en el contenido de la comunicación como queja o denuncia, sino que abarca también la forma: el texto se publica en el diario *La Opinión*, fundado por el mismo autor, en diez partes, que van apareciendo en días consecutivos, con el fin de generar el interés creciente del público. El relato finaliza en dos capítulos de gran impacto, en el que el autor, luego de dar a conocer por más de una semana la degradante situación sociolaboral en la hacienda del Presidente, así como la marcada desigualdad social sufrida en carne propia, solicita al propietario recibirle, como presidente de Chile, en una visita para conocer lo que tiene que decir sobre lo publicado:

Excelentísimo Señor, LA OPINIÓN es el vocero de las más intensas aspiraciones nacionales y quiere ir un momento a recoger vuestras propias impresiones. Os anuncia para hoy una visita y espera tengáis la amabilidad de recibirlo y hablarle. Habéis oído lo que tenían que deciros vuestros inquilinos y los inquilinos de todo Chile por boca de un periodista. Ahora los inquilinos de todo Chile quieren, a su vez, oír lo que Vos, Excelentísimo Señor, tendréis que decirles por boca del mismo periodista. (Pinochet Le Brun, 1970 [1916], p. 111)

Esta es la jugada política final del audaz periodista, pues más allá de develar lo oculto, sensibilizar y escandalizar al público sobre el inquilinaje como ícono de la cuestión social rural, ofrece mediar o negociar con el presidente de la República en relación con posibles soluciones al problema nacional planteado, del cual su propia hacienda ha servido de ejemplo. Por ello, podemos decir es que esta “etnografía triste” –como la llama Alvarado– estaba ligada a un proyecto de cambio, a un auténtico compromiso social con el tema y a una estrategia comunicacional, lo que la convierte en un experimento etnográfico y político:

Tened paciencia; oíd todo lo que tengo que deciros, y serenamente medidad. Estáis en los comienzos de vuestro período presidencial; lo tenéis todo por hacer. Oíd. Os está hablando medio millón de inquilinos [...] No os habla un periodista. Os habla Chile rural, Excelencia, y os habla en un momento supremo en que hay que tomar resoluciones supremas. (Pinochet Le Brun, 1970 [1916], p. 89)

No contaremos aquí el final de la historia; sea ello un aliciente más para su recomendada lectura (o relectura), pues se trata de un verdadero clásico de la literatura social chilena, que aquí destacamos no solo como una fuente imprescindible, sino también como un precedente singular y significativo de la antropología rural. Singular, porque nadie más –al menos en Chile– ha hecho un experimento etnográfico-político de tal magnitud y calidad; y significativo, porque su ejemplo proyecta una etnografía comprometida, que conjuga la habilidad para presentar, describir y analizar un problema social, el objetivo de generar interés, impacto público y buscar soluciones en el ámbito político.

Pinochet Le Brun problematiza la sociedad y el desarrollo del país desde el ámbito rural, así como, en términos metodológicos, proyecta una observación participante que cruza las fronteras usuales entre investigador/a y sujetos de estudio, buscando, además de la presencia –el “estar allí”– en el contexto cultural del grupo social que se estudia, experimentar en carne propia sus prácticas cotidianas, tal como es la inserción en el ámbito sociolaboral de la hacienda como un trabajador más. Este acercamiento conlleva producir un texto en donde la experiencia personal del investigador es también parte de la descripción y del análisis etnográfico. De esto último, veamos un par de ejemplos:

Excelencia, Vos jamás habéis vestido andrajos, ¿no es verdad?, y no os podéis dar cuenta del sentimiento que yo experimenté. Para explicaros os diré que el señor Rodríguez no me había presentado a su señora. Probablemente para lograr el efecto de mi transformación, me la presentó cuando yo ya estaba disfrazado de inquilino de vuestra hacienda. ¿Creeréis, Excelentísimo señor, que mi alma se había transformado de tal manera a causa de mi traje –tal es el efecto del medio físico en el espíritu– que no me atreví a extenderle la mano a la dama? La saludé inclinándome sumisamente, tal cual lo hacen los esclavos de la gleba.

[...] En las calles de Talca, a nadie llamé la atención [...] Mi traje habría llamado la atención en Londres, en Berlín, en Chicago, en cualquiera aldea o cualquiera campiña de Europa o de los Estados Unidos. Pero allí no llamé la atención. Iba disfrazado de sub hombre; pero el sub hombre es una entidad social en Chile, y es una entidad social tan común que no llama la atención de nadie. (Pinochet Le Brun, 1970 [1916], p. 90)

En la literatura especializada actual sobre los temas rurales, un siglo después de la obra que estamos analizando, podemos destacar valiosos aportes de investigadoras que se han insertado en el contexto laboral del sector agroexportador para obtener de primera fuente y de modo experiencial la información a analizar. En estas experiencias investigativas podemos ver algunas similitudes con la pionera iniciativa de Pinochet Le Brun.

La socióloga Lucía Saldaña realiza una tesis doctoral denominada *Neoliberalism and rural workers in Chile* (2007a), cuya metodología se basa en “investigación documental, la realización de entrevistas cualitativas y de historia oral, y mi trabajo durante dos semanas como temporera, iluminadora experiencia de observación participante encubierta” (Saldaña, 2007b, p. 48). En esta indagación, Saldaña experimenta agotadoras jornadas de trabajo, que se

hacen más extenuantes para sus compañeras que viven una doble jornada al tener a su cargo también las labores domésticas y el cuidado de sus hijos. También visualiza las diferencias y tensiones laborales que produce la coexistencia del trabajo pagado “al día” (pago fijo diario) y el trabajo “a trato” (pago a destajo), entre otros aspectos críticos de la “implementación de las políticas económicas neo-liberales para el mercado laboral rural” (Saldaña, 2007b, p. 48). En una entrevista realizada a la autora en 2019, se plantea esta experiencia investigativa como una experiencia significativa de la propia vida:

¿Has vivido la discriminación?

Una experiencia importante fue cuando trabajé como temporera de la fruticultura de exportación, en el marco de mi tesis de doctorado. Fue muy revelador vivir la experiencia, tanto por la intensidad del trabajo mismo como por la discriminación hacia las trabajadoras, lo que se observa, por ejemplo, cuando un jefe es más severo a llamar la atención a las mujeres que a los hombres, o con prácticas frecuentes como el acoso sexual. Es impactante, además, que las temporeras trabajen doble jornada y se priven de horas de sueño para lograr conciliar trabajo y familia. (Posada, 2019)

Otra investigadora que se ha insertado laboralmente en el sector agroexportador es la antropóloga Jelena Radovic. En uno de sus artículos Radovic (2021) cuenta que realizó una investigación para su tesis doctoral (2012) en el valle de Aconcagua durante 24 meses en 2009 y 2010, la que continuó en visitas posteriores. Durante su trabajo de campo, vivió con una familia de mujeres en la comuna de Santa María y trabajó en tres plantas empacadoras de fruta (más conocidas en Chile por su denominación en inglés *packing*). En la primera empresa trabajó de manera formal como una temporera más y en las otras dos lo hizo de manera informal, con permiso de los propietarios

para combinar tareas de la planta con entrevistas y observación participante, que incluyó meriendas y comidas con los trabajadores, compartir pausas en el baño, conversar con las temporeras cuando la producción se detenía, participar en talleres y asistir a la fiesta de fin de cosecha:

Además de ser chilena, otros aspectos de mi identidad me dieron un posicionamiento único en el campo. Parezco blanca (gringa) y estudio/vivo en los Estados Unidos, lo que me coloca en una posición de privilegio de raza y clase, tanto con las temporeras, como con los supervisores, gerentes y dueños. Mi estatus ayudó a integrarme de manera más efectiva en las clases gerenciales, al mismo tiempo que provocaba sentimientos iniciales de desconfianza entre las temporeras, como descubrí por mis compañeros de trabajo más tarde en el verano. Fabiola, una mujer con la que trabajé [...], me dijo que tenía sospechas cuando me vio por primera vez y pensó que la gerencia me había enviado para observar e informar sobre los trabajadores. Javiera, a quien conocí empacando uvas [...], se quedó perpleja ante mi presencia y apostó con otra temporera si yo aguantaría la temporada. Un tercer compañero de trabajo, Manuel, expresó que sentía pena por mí cuando llegué. “Me preguntaba qué desgracia le había pasado a la familia de la rubia para que ella estuviera empacando uvas”, recordó. (Radovic, 2021, p. 4)¹⁶

El artículo de Radovic (2021) describe situaciones que difícilmente se pueden relevar sin la observación participante y que permiten denunciar, entre otros aspectos, cómo en el trabajo agroexportador “las leyes sólo existen en el papel”, según sentenció una de sus compañeras de trabajo. Describe, por ejemplo, la ejecución de un taller de prevención de riesgos por parte del Instituto de Seguridad del Trabajo (IST) en el packing y analiza cómo el relator del taller se centraba en las responsabilidades individuales de los trabajadores por sobre las condiciones de seguridad que debe garantizar la empresa.

Al respecto, siguiendo a Clarke et al. (2010), plantea cómo en un contexto neoliberal estos aspectos se están convirtiendo en responsabilidades morales individuales:

He visto temporeras examinando atentamente el piso mientras dejan caer sus cajas en una cinta transportadora y conteniendo la respiración mientras empujan las uvas hacia las cámaras frigoríficas donde se rocían los productos químicos. (Radovic, 2021, p. 8)

En el mismo sentido, Radovic resalta los contrastes que hay entre las precarias condiciones de los baños de las plantas (sucios, sin papel higiénico, sin jabón de manos, sin toallas de papel) y los letreros que instruyen a los empleados sobre lo que se debe y no se debe hacer respecto de la higiene personal en el trabajo. Todo ello ilustrado con fotografías tomadas *in situ*, que aportan consistencia a la descripción etnográfica, la cual, al igual que en el caso de Pinochet Le Brun, confiere al texto producido una solidez difícil de cuestionar y cuya denuncia, a quien ponga atención a ella, plantea la necesidad de establecer soluciones. Claro está, a menos que sea simplemente ignorada, como sucedió durante tantos años en el contexto de la hacienda, cuya precariedad en las condiciones laborales y su invisibilidad como problema social parece ser una constante en los/as trabajadores/as rurales de ayer y hoy.

Conclusiones

En estas páginas hemos abarcado cerca de cien años de fuentes y precursores de la antropología rural en Chile, desde las descripciones de Charles Darwin y los viajes de Claudio Gay en la década de 1830 hasta la publicación de

Ricardo E. Latcham *La agricultura precolombina en Chile y los países vecinos*, en 1936.

Hemos comenzado nuestro análisis con los relatos de viajes en el siglo XIX, que han proporcionado descripciones de la ruralidad en contextos indígenas y no indígenas en los comienzos del Chile republicano, los cuales, siguiendo a Bengoa (2014), constituyen un antecedente directo del desarrollo de la antropología en el país.

En nuestro análisis del siglo XIX, sobresale la figura de Claudio Gay, con sus dos tomos sobre la agricultura chilena, el más importante estudio realizado sobre las condiciones sociales y productivas de la agricultura en el país. Sus profundos y detallados análisis, de los cuales acá hemos destacado el que dedica al sistema deinquilinaje, lo perfilan como el primer precursor de la antropología rural en el país desde la consideración de su método principal, que consiste en viajar y obtener información de primera mano, así como por dedicarse a los problemas sociales rurales desde una perspectiva comparada con otros países. Esto se ve reforzado por su investigación etnográfica posterior sobre los indígenas mapuche, que se mantendrá inédita hasta 2018, lo cual lo sitúa no solo como un precursor de la antropología en Chile, sino también en el mundo, invitándonos a descentrar y relativizar el surgimiento de la antropología científica como un hito exclusivo de Europa y Estados Unidos.

Producto de nuestra revisión, notamos que es en el siglo XIX que surgen los temas rurales como un objeto de interés para la antropología y las ciencias sociales en Chile, ya sea en el contexto territorial indígena como en el de Chile Central. En este ámbito el inquilinaje se erige

como el ícono de la “cuestión social rural”, entre otros temas, y es Gay quien los aborda con mayor profundidad en ese siglo.

Los pueblos indígenas, y en especial el pueblo mapuche, son un tema central en el surgimiento de la antropología chilena desde fines del siglo XIX, ya sea en el tratado iniciático de José Toribio Medina en 1882 hasta las investigaciones etnográficas de Lenz, Guevara y Manquilef, entre otros, quienes realizan los primeros estudios etnológicos en un contexto territorial rural marcado por la conquista y el colonialismo en la llamada Araucanía, que implica, entre otros procesos, la reducción de la población mapuche ante el dominio del Estado chileno, situación que se proyecta hasta nuestros días.

En estos estudios pioneros prima una “antropología de rescate”, puesto que se creía en la inminente desaparición de las culturas indígenas y su asimilación a la cultura dominante. Bajo este marco, hemos destacado varias publicaciones sobre las costumbres indígenas, su organización social, sus creencias y prácticas religiosas, sus modos de pensar, entre otros aspectos ligados a un contexto territorial rural. Tales estudios no están exentos de prejuicios derivados de la hegemonía del ideario evolucionista, pero también se advierte en ellos formulaciones críticas sobre la situación que afectaba a la población mapuche. Destaca en este ámbito la figura de Manuel Manquilef, a quien consideramos un precursor de una antropología rural nativa y comprometida.

De manera paralela e interrelacionada con los estudios pioneros de la antropología, surgen los estudios del folklore en Chile, que convocan a diversos autores. Estos publican obras sobre tradiciones y costumbres populares, indígenas

y no indígenas, varias de ellas relacionadas con los contextos rurales, que hemos destacado en las páginas precedentes.

En estos primeros años de la antropología científica no encontramos un interés formado en la situación social de la ruralidad de Chile Central, a excepción del breve análisis de Latcham (1915) sobre el inquilinaje y el rezago de las clases rurales que hemos destacado, pero sí será parte de la “cuestión social” que denunciará la intelectualidad crítica del primer centenario. En este ámbito sobresale el singular experimento etnográfico y político de Tancredo Pinochet Le Brun con su obra *Inquilinos en la hacienda de su excelencia*, de 1916. Este autor puede ser considerado como un precursor de la antropología rural chilena por el precedente que sienta en relación con la observación participante –en su caso, encubierta– en el contexto sociolaboral de las haciendas y por el compromiso social que demuestra, aspecto que hemos destacado en investigaciones recientes cuyas autoras se han insertado en contextos laborales de la fruticultura de exportación.

Llama la atención que los tres temas abordados hayan sido objeto de análisis por parte de publicaciones recientes que aportan miradas renovadas sobre lo sucedido hace unos cien años o más. Hoy se siguen publicando relatos de viajeros en el Chile del siglo XIX y principios del XX. También se han rescatado figuras pioneras o precursoras de la antropología chilena.

Por otra parte, como hemos señalado en este artículo, la ruralidad chilena, en el período analizado, es muy diversa y dinámica, pues en el siglo XIX el país se expandía de manera significativa y se desplegaban procesos socio-históricos distintos en cada territorio. Somos

conscientes de que la gran mayoría de los temas tratados aquí se refieren a la ruralidad de Chile Central y de la Araucanía, pero cabe señalar que aquello no fue prefijado como un límite de nuestro estudio, sino más bien se debe al seguimiento de las obras y autores que hemos revisado¹⁷.

En síntesis, vemos que en el período analizado existen fuentes y precursores que son precedentes valiosos para la conformación del campo de la antropología rural y que constituyen referentes importantes para la construcción de un campo específico que se proyecte al futuro con pleno conocimiento de sus orígenes y bases históricas. A ello hemos querido contribuir con el presente trabajo, que se limita a examinar un determinado período, y en el cual hemos intentado hacer e incentivar una “recuperación”, como la entiende Esteban Krotz, en el contexto de la búsqueda y el desarrollo de nuestras propias antropologías:

... se trataría de una especie de revisión como la que cada cierto tiempo se produce cuando se estudia de nuevo a algún clásico en cualquiera de las disciplinas sociales y humanas en búsqueda de inspiración, puntos de vista pasados por alto anteriormente o aportes aún ocultos. (Krotz, 2015, p. 12)

Finalmente, debemos señalar que nuestro trabajo no pretende ser exhaustivo dentro del período analizado, pues aun cuando revisamos una gran cantidad de publicaciones, nos detuvimos en ciertos autores y obras de manera selectiva. Nuestro alcance es propio de una introducción que pueda incentivar investigaciones más específicas y profundas, nuevas interrogantes y respuestas en torno a la conformación histórica de la antropología dedicada a los temas rurales en Chile.

Por cierto, tal como lo sugiere Krotz en la cita anterior, también hemos querido instalar sospechas fundadas de que las fuentes y los precur-

sores de la época analizada pueden ser útiles en el presente y en el futuro de la antropología rural.

Notas

¹ Nuestro trabajo de investigación se vio invaluablemente beneficiado por la digitalización y el acceso en línea que se ha hecho en los últimos años de muchas de las obras que revisamos y citamos, en particular en los sitios Memoria Chilena, de la Biblioteca Nacional de Chile (www.memoriachilena.gob.cl), y el sitio web de la Biblioteca Nacional de Chile y de la Universidad de Chile, entre otros.

² Respecto al texto atribuido a Haenke, publicado en Chile por la Editorial Nascimento en 1942, cabe señalar que actualmente existe consenso en que hay un error de autoría. Si bien Haenke participó en la expedición Malaspina, de donde surgen los manuscritos sobre Chile encontrados en Inglaterra y que fueron publicados en el libro citado por Bengoa, de acuerdo con Sagredo y González (2004, p. 117), tales manuscritos corresponderían a la autoría de otros miembros de la expedición, José Espinoza y Felipe Bauzá. De hecho, en el libro de Sagredo y González se reproducen estas descripciones con la autoría corregida.

³ Claudio Gay Mouret (1800-1873). Sitio web *Memoria Chilena*, Biblioteca Nacional de Chile. Recuperado de <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-571.html>.

⁴ Existe una traducción libre de este texto publicado en Francia, a cargo de Julio Cabezas García (2011), disponible en el siguiente enlace: <http://culturalanco.blogspot.com/2011/02/entierro-del-cacique-cathiji.html>

⁵ De hecho, las primeras instituciones antropológicas surgen hacia 1840 en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, así como también "las más tempranas referencias a cursos de formación en antropología se encuentran en Francia; la primera cátedra de antropología fue instituida en 1855 en el Musée d'Histoire Naturelle" (Mora, 2014, p. 201).

⁶ Cabe destacar que Darwin y Gay se encontraron presencialmente el 28 de octubre de 1834. Urzúa (2009) nos cuenta que esta "cumbre de sabios" tuvo que hablarse en castellano, pues Darwin no hablaba francés ni Gay se desenvolvía en inglés. En esta reunión, el naturalista francés le proporciona una copia de un informe publicado en Francia, el cual es citado en el libro de viajes de Darwin.

⁷ En esta publicación de 2010, se incluyen dos publicaciones de Domeyko sobre la Araucanía, la primera es "Araucanía y sus habitantes: Recuerdo de un viaje hecho en las provincias meridionales de Chile, en los meses de enero y febrero de 1845", publicada originalmente en 1846 (Domeyko, 1846). La segunda publicación figura como anexo y corresponde a su diario de viajes, y se denomina "Viaje a la Araucanía en el año 1845: Concepción, Valdivia, Osorno, volcán Antuco, regreso a Valparaíso: Enero, febrero, marzo y abril de

1845", la cual se extrae de la obra *Mis viajes: Memorias de un exiliado*, publicado por la Universidad de Cracovia en 1962 y luego traducido y publicado por la Universidad de Chile en 1978 (Domeyko, 1978).

⁸ El sitio web Memoria Chilena (memoriachilena.gob.cl) de la Biblioteca Nacional de Chile, que hemos revisado para articular esta diversidad de realidades en la expansión territorial de Chile en la segunda mitad del siglo XIX, contiene valiosos documentos de la época, recientemente digitalizados, que pueden facilitar y ampliar la investigación en profundidad, desde la perspectiva de la historia agraria, rural o regional, y de diferentes aspectos de la trayectoria histórica de estos territorios.

⁹ El término *demesne* se refiere a la porción de tierra de la hacienda o fundo (heredad del patrón) que es explotada directamente por la empresa terrateniente y, por lo tanto, no concedida a inquilinos, aparceros o arrendatarios. De acuerdo a Robles-Ortiz (2009), una de las primeras etapas de la expansión de la empresa terrateniente en las haciendas durante el siglo XIX consistía en permitir la explotación de tierras hasta entonces improductivas por parte de inquilinos o aparceros, para que estos las mejoren y luego pasen a la explotación directa de la empresa terrateniente. Por ello, "en una etapa temprana del desarrollo del sistema de haciendas en Chile Central, las empresas campesinas no eran incompatibles, sino funcionales para la formación y expansión de las empresas terratenientes" (p. 500, traducción del autor). Sin embargo, la expansión de la empresa terrateniente y la incorporación del proceso de mecanización agrícola, trajeron como consecuencia, desde 1870 en adelante, la reducción y marginación de las precarias empresas campesinas de los inquilinos, puesto que la empresa terrateniente monopolizó la producción de cultivos comercialmente relevantes, reduciéndose el tamaño y la calidad de las raciones de tierras disponibles para los inquilinos, contribuyendo a su gradual proletarianización y la extensión del trabajo asalariado (Robles-Ortiz, 2009).

¹⁰ Entre otros autores, esta es una de las preocupaciones centrales que expresa Augusto Orrego Luco en su señera obra *La cuestión social*, publicada en 1884, donde plantea, por ejemplo, la siguiente reflexión sobre el inquilinaje: "¿Tiene entre nosotros el inquilino algún derecho a la tierra que siembra? ¿Hay algo que le garantice que mañana no será expulsado por un simple capricho del señor de la tierra? ¿Podrá dejar a su hijo siquiera el pálido derecho de sucederlo en aquella vaga posesión? ¿Qué estímulo tiene entonces para mejorar su cultivo, arreglar su casa, para hacer cualquier trabajo? ¿Qué interés puede tener en aumentar la producción de un terreno que, si produce mucho, hará su posesión más incierta todavía,

tentando la codicia del propietario?" (Orrego Luco, 1884, pp. 55-56).

¹¹ De acuerdo a Robles-Ortiz (2009), en 1921 había 2.600 trabajadores rurales afiliados a "consejos federales" y, en octubre de aquel año, la FOCH organizó la Primera Convención de Campesinos, cuyas principales demandas eran la jornada laboral de 8 horas y el mejoramiento del salario mínimo diario.

¹² Recomendamos el libro *Laboratorios etnográficos: Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980)* (Pavez, 2015) para profundizar sobre los modos de hacer antropología a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX en Chile, período al cual nos estamos refiriendo brevemente en este apartado.

¹³ Memoria Chilena. Manuel Segundo Manquilef González (1887-1950). Disponible en: <https://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-647064.html#presentacion>

¹⁴ Al respecto, para introducirse en el análisis de las organizaciones políticas mapuche del siglo XX, para las cuales el tema de las tierras y su explotación es central, recomendamos el libro de Rolf Foerster y Sonia Montecino (1988), titulado *Organizaciones, líderes y contiendas*

mapuches (1900-1970). Por otra parte, para una introducción al tema de la pérdida de tierras del pueblo mapuche, se recomienda el libro de Martín Correa *Historia del despojo: El origen de la propiedad particular en el territorio mapuche* (Correa, 2021).

¹⁵ Es preciso señalar que Pinochet Le Brun no innova al dirigir su publicación al presidente. Algunos años antes, Alejandro Venegas, otro autor crítico del primer centenario, bajo el seudónimo de *Dr. Julio Valdés Cange*, aplicó esta modalidad en su obra *Sinceridad: Chile íntimo en 1910* (Valdés, 1910), escrita en forma de cartas al presidente Ramón Barros Luco, antecesor de Juan Luis Sanfuentes.

¹⁶ Traducción del autor, al igual que las citas textuales posteriores de Radovic (2021).

¹⁷ Para el caso de los pueblos indígenas aymara y atacameños del norte de Chile, se recomienda consultar la revisión bibliográfica de estudios antropológicos realizada por Gundermann y González (2009). Para una revisión de los estudios antropológicos en territorio mapuche, véase Cancino y Morales (2003).

Referencias bibliográficas

Alvarado, M. (2021). Una etnografía triste en el sur de Chile: Tancredo Pinochet Le Brun en el fundo de su excelencia. *Literatura y Lingüística*, 44, 65-89.

Augusta, F. de & de Fraunhäusl, S. (1910). *Lecturas araucanas*. Valdivia: Imprenta de la Prefectura Apostólica.

Barros Arana, D. (1875). Don Claudio Gay y su obra. *Revista Chilena*, 2.

_____. (1999 [1884]). *Historia general de Chile* (Tomo 1). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM.

Bauer, A. (1992). *La sociedad rural chilena: Desde la conquista española a nuestros días*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Bengoa, J. (2014). La trayectoria de la antropología en Chile. *Antropologías del Sur*, 1(1), 15-42.

_____. (2015). *Historia rural de Chile Central: I. La construcción del Valle Central de Chile*. Santiago: LOM.

Blain, W. (2017). *Un viaje a las colonias: Memorias y diario de un ovejero escocés en Malvinas, Patagonia y Tierra del Fuego (1878-1898)*. Santiago de Chile: DIBAM, Centro de Estudios Históricos Diego Barros Arana.

Bragassi, J. (s.f). Tancredo Pinochet: Aproximación a su vida, obra y pensamiento. <http://www.centroestudios.cl/articulos/tancredopinochet.htm>

Cabezas, J. (2011, febrero). Entierro del cacique Cathiji en Panguipulli, 1835. *Ventana Cultural de Lanco*. <http://culturalanco.blogspot.com/2011/02/entierro-del-cacique-cathiji.html>

Cancino, R. & Morales, R. (2003). La antropología desbordada: las huellas y marcas del hacer antropología en territorio mapuche. En N. Richard (Ed.), *Movimiento de campo: En torno a cuatro fronteras de*

la antropología en Chile. Guatemala y París: ICAP, CEFIR-EHESS.

Castro, M. (2014). A sesenta años de la antropología en Chile. *Antropologías del Sur*, 1(1), 43-64.

Cavada, F. (2016 [1914]). *Chiloé y los chilotos* (4ª ed.). Chiloé: Museo Regional de Ancud.

Clarke, A., Shim, J., Mamo, L. & Fishman, J. (Eds.) (2010). *Biomedicalization: Technoscience, health, and illness in the U.S.* Durham: Duke University Press.

Contreras, R. & González, D. (2014). *Será hasta la vuelta de año: Bailes chinos, festividades y religiosidad popular del Norte Chico*. Santiago de Chile: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Contreras, R., González, D., Morales, M. & González, M. (2019). *Si tú nos prestas la vida: La devoción popular de los bailes chinos y sus fiestas*. Ovalle: Etnomedia.

Coña, P. (1973). *Memorias de un cacique mapuche*. Santiago de Chile: Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA).

Correa, M. (2021). *Historia del despojo: El origen de la propiedad particular en el territorio mapuche*. Santiago de Chile: Pehuén, Ceibo.

Correa Vergara, L. (1938). *Agricultura chilena* (2 tomos). Santiago de Chile: Nascimento.

Cox, G. (2012 [1863]). *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863*. Santiago de Chile: Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Darwin, Ch. (1942 [1839]). *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: Librería El Ateneo.

Domeyko, I. (1846). *Araucanía y sus habitantes: Recuerdo de un viaje hecho en las provincias meridionales de Chile, en los meses*

- de enero y febrero de 1845. Santiago de Chile: Imprenta Chilena.
- _____. (1978). *Mis viajes: Memorias de un exiliado*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- _____. (2010). La Araucanía y sus habitantes. Santiago de Chile: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile.
- Domínguez, R.** (1867). *Nuestro sistema de inquilinaje*. Santiago de Chile: Imprenta del Correo.
- Donoso, K. & Tapia, C.** (2017). (De)construyendo el folclor: Historia de su conceptualización en la academia universitaria chilena durante el siglo XX. *Mapocho, Revista de Humanidades*, 82, 130-161.
- Foerster, R. & Montecino, S.** (1988). *Organizaciones, líderes y contendas mapuches (1900-1970)*. Santiago de Chile: Centro Estudios de la Mujer.
- Foote, S.** (2012). *Pascual Coña: Historias de sobrevivientes: La voz en la letra y la letra en la voz*. Concepción: Universidad de Concepción.
- Gallardo-Porras, V.** (2020). Domeyko y su viaje a la Araucanía: La construcción narrativa del mundo indígena en los albores del Chile republicano. *Revista de Historia Regional y Local*, 12(24), 14-39.
- Gay, C.** (1862). *Historia física y natural de Chile: Agricultura* (Tomo I). París: Imprenta Thunot y C^a.
- _____. (1865). *Historia física y natural de Chile: Agricultura* (Tomo II). París: Imprenta Thunot y C^a.
- _____. (2018). *Usos y costumbres de los araucanos*. Diego Milos, trad. y ed. Santiago de Chile: Taurus.
- Godoy, H.** (1971). *Estructura social de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- González, J.** (2014). Ricardo E. Latcham, un científico social: Desde las observaciones etnográficas de la sociedad hasta la arqueología de las culturas originarias chilenas. *Alpha*, 38, 67-88.
- Graham, M.** (1902 [1824]). *Diario de residencia en Chile durante el año 1922 y de viaje de Chile al Brasil en 1923* (Tomo I). Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1909 [1824]). *Diario de residencia en Chile durante el año 1922 y de viaje de Chile al Brasil en 1923* (Tomo II). Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- Guevara, T.** (1890). *Historia de Curicó*. Santiago de Chile: Imprenta Victoria.
- _____. (1898a). *Historia de la civilización de la Araucanía: I. Antropología araucana*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1898b). *Historia de la civilización de la Araucanía: II. Arauco español*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1902). *Historia de la civilización de la Araucanía: III. Los araucanos y la república*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1904). *Costumbres judiciales y enseñanza de los araucanos*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1908). *Psicología del pueblo araucano*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1911). *Folklore araucano: Refranes, cuentos, cantos, procedimientos industriales, costumbres prehispanas*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1913). *Las últimas familias y costumbres araucanas*. Santiago: Imprenta Barcelona.
- _____. (1925-1927). *Historia de Chile: Chile prehispano*. Santiago de Chile: Balcells & Co.
- Gundermann, H. & González, H.** (2009). Sociedades indígenas y conocimiento antropológico: Aymaras y atacameños de los siglos XIX y XX. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 41(1), 113-164.
- Gusinde, M.** (1917a). Medicina e higiene de los antiguos araucanos (Primera parte). *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, 1(2).
- _____. (1917b). Medicina e higiene de los antiguos araucanos (Segunda parte). *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, 1(3).
- _____. (1951). *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego (De investigador a compañero de tribu)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispánico-Americanos de Sevilla.
- _____. (1982-1991). *Los indios de Tierra del Fuego: Resultado de mis cuatro expediciones en los años 1918 hasta 1924, organizadas bajo los auspicios de Ministerio de Instrucción Pública de Chile*. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- Haenke, Th.** (1942). *Descripción del Reyno de Chile*. Santiago: Nascimento.
- Hernández, R.** (2003). La antropología rural en Chile. En N. Richard (Ed.), *Movimiento de campo: En torno a cuatro fronteras de la antropología en Chile*. Guatemala y París: ICAP, CEFIR-EHESS.
- Hernández, R. & Pezo, L.** (2009). La antropología rural chilena en las dos últimas décadas: Situación y perspectivas. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(2), 204-228.
- Hopenhayn, D.** (2016). La monumental y desconocida obra de Claudio Gay sobre el pueblo mapuche. *The Clinic*, 11 de octubre. <https://www.theclinic.cl/2016/10/11/la-monumental-y-desconocida-obra-de-claudio-gay-sobre-el-pueblo-mapuche/>
- Jones, D.** (1970). Towards a native anthropology. *Human Organization*, 24(4), 251-259.
- Krotz, E.** (2015). Las antropologías segundas en América Latina: Interpelaciones y recuperaciones. *Cuadernos de Antropología Social*, 42, 5-17.
- Latcham, R.** (1910). La fiesta de Andacollo y sus danzas. *Anales de la Universidad de Chile*, 126.
- _____. (1915). *Conferencias sobre antropología, etnología y arqueología: I. Lo que son estas ciencias*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- _____. (1924). *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1936). *La agricultura precolombina en Chile y los países vecinos*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Lenz, R.** (1895-1897). *Estudios araucanos: Materiales para el estudio de la lengua, literatura y las costumbres de los indios mapuche o araucanos: Diálogos en cuatro dialectos, cuentos populares, narraciones históricas y descriptivas y cantos de los indios de Chile en lengua mapuche, con traducción literal castellana*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- _____. (1909). *Programa de la Sociedad de Folklore Chileno*:

Fundada en Santiago de Chile el 18 de julio de 1909: Presentado a los miembros actuales y futuros. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Lourdes.

_____. (1924). *Estudio sobre los indios de Chile.* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

León, L. (2007). Historia y representación: Tomás Guevara y sus estudios sobre los mapuches del Gulu Mapu. *Historia Indígena*, 10, 47-61.

Looser, G. (1931). "Los aborígenes de Chile" de Don José Toribio Medina. *Revista Chilena de Historia Natural*, 35.

Malinowski, B. (1986 [1922]). *Los argonautas del pacífico occidental.* Barcelona: Planeta, Agostini.

Mallon, F. (2010). La "doble columna" y la "doble conciencia" en la obra de Manuel Manquilef. *Revista de Antropología*, 21, 59-80.

Manquilef, M. (1911). *Comentarios del pueblo araucano (la faz social).* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

_____. (1914). *Comentarios del pueblo araucano: II. La gimnasia nacional (juegos, ejercicios y bailes).* Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.

_____. (1915). *¡Las tierras de Arauco! El último cacique.* Temuco: Imprenta Modernista.

Matus, L. (1912). Vida y costumbres de los indios araucanos. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 4(2).

Mc Bride, G. (1938). *Chile: Su tierra y su gente.* Santiago de Chile: Universidad de Chile.

Medina, J. (1882). *Los aborígenes de Chile.* Santiago de Chile: Imprenta Gutenberg.

Menard, A. (2006). Emergencia de la tercera columna en el texto: 'La faz social', fragmento de los Comentarios del pueblo araucano de Manuel Manquilef. *Anales de Desclasificación*, 1(2), 927-37.

Moesbach, E. de (1930). *Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX.* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

Mora, H. (2014). Descentrar las miradas: Institucionalización de la antropología académica en la sede Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1970-1978). *Tabula Rasa*, 21, 197-227.

_____. (2016). Dinámicas de campo en la emergencia de la antropología científica en Chile: Algunas consideraciones y debates situados a inicios del siglo XX. *CUHSO, Cultura-Hombre-Sociedad*, 26(2), 107-145.

Mora, H., Piña, L., Chamorro, A. & Espinoza, C. (2021). Antropologías en Chile: Hacia una agenda de investigación sobre sus desarrollos y desafíos. *Antropologías del Sur*, 8(16), 223-267.

Motsny, G. (1967). Ricardo E. Latham, su vida y su obra. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 30, 9-32.

Orrego Luco, A. (1884). *La cuestión social.* Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.

Pavez, J. (2003). Mapuche ñi nüttram chilkatún! Escribir la historia mapuche: Estudio posliminar de trokinche müfu ni piel: Historias de familias: Siglo XIX. *Revista de Historia Indígena*, 7.

_____. (2015). *Laboratorios etnográficos: Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980).* Santiago de Chile: Universidad

Alberto Hurtado.

_____. (2016). Etnografía y traducción en el laboratorio lingüístico de Rodolfo Lenz. *CUHSO, Cultura-Hombre-Sociedad*, 26(1).

Payàs, G. (2015). "Tan verídica como patriota": La pugna sobre traducción entre Rodolfo Lenz y Manuel Manquilef. *CUHSO, Cultura-Hombre-Sociedad*, 25(2), 83-114.

Phillippi, R. (1860). *Viaje al desierto de Atacama hecho de orden del Gobierno de Chile en el verano 1853-54.* Halle: Librería de Eduardo Anton.

Pinochet Le Brun, T. (1909). *La conquista de Chile en el siglo XX.* Santiago de Chile: La Ilustración.

_____. (1970 [1916]). Inquilinos en la hacienda de Su Excelencia. En L. Corvalán (Org.), *Antología chilena de la tierra.* Santiago de Chile: ICIRA.

Pinedo, J. (2011). Apuntes para un mapa intelectual de Chile durante el centenario: 1900-1925. *América sin Nombre*, 16, 29-40.

Poeppig, E. (1960). *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829).* Santiago de Chile: Zig-Zag.

Posada, S. (2019). Lucía Saldaña Muñoz, Feminista. *Tell Magazine*, 31 de julio. <https://tell.cl/2019/07/31/lucia-saldana-munoz-feminista/>

Prado, S. (1871). El inquilinaje en el Departamento de Caupolicán. *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, 2(22), 391-395.

Rabanales, A. (2002). Rodolfo Lenz. *Onomazein*, 7, 161-181.

Radovic, J. (2012). Dando vuelta el año: Seasonality, neoliberalism, and personhood in Chile's Aconcagua Valley. (Tesis doctoral inedita). Universidad de California, Riverside.

_____. (2021). Good mothers and good workers: Discipline and care in Chile's grape-packing plants. *Anthropology of Work Review*, 42(1), 3-13.

Robles, E. (1906). *Costumbres y creencias araucanas: Entierro de Huilío Lienan.* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

_____. (1910). *Costumbres y creencias araucanas: Funerales de mujeres.* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

_____. (1911). *Costumbres y creencias araucanas: Guillatunes.* Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.

_____. (1912). *Costumbres y creencias araucanas: Machiluhun, iniciación de machis; Travun, una reunión pública.* Santiago: Imprenta Cervantes.

_____. (1914). *Costumbres y creencias araucanas. El juego de la chueca (Palín).* Santiago: Imprenta Barcelona.

Robles-Ortiz, C. (2002). Modernización agraria en el Chile del siglo XIX: Los 'hacendados progresistas' y la Exposición Nacional de Agricultura de 1869. En J. Andermann & P. A. Schell (Curadores), *Relics and selves iconographies of the national in Argentina, Brazil and Chile, 1880-1890.* Londres: University of London. <http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/Robles01.htm>

_____. (2009). Agrarian capitalism and rural labour: The hacienda system in Central Chile, 1870-1920. *Journal of Latin American Studies*, 41, 493-526.

Rojas, A., Tomic, T. & Vega, R. (1984). Campesinado y mercado de alimentos en un modelo de economía abierta. En CEPAL, *Agricultura campesina y el mercado de alimentos: La dependencia externa y sus*

efectos en una economía abierta (pp. 97-201). Santiago de Chile: CEPAL, Naciones Unidas.

Sagredo, R. & González, J. (2004). *La expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*. Santiago: Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM.

Salazar, G. (1985). *Labradores, peones y proletarios: Formación y crisis de la sociedad popular chilena*. Santiago de Chile: Sur.

Saldaña, L. (2007a). *Neoliberalism and rural workers in Chile*. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Essex, Inglaterra.

_____ (2007b). La transformación neoliberal en Chile y su impacto en las condiciones laborales del sector agro-exportador. *Sociedad Hoy*, 13, 45-54.

Saldivia, Z. (2005). *La ciencia en el Chile decimonónico*. Santiago de Chile: Universidad Tecnológica Metropolitana.

Salgado, Í., Villegas, L. & Quiroga, S. (2016). *Travesías por la Araucanía: Relatos de viajeros de mediados del siglo XIX*. Temuco: Universidad Católica de Temuco.

Sánchez, G. (2013). El Dr. Rodolfo Lenz, primer investigador científico de la lengua y cultura mapuches. *Lenguas Modernas*, 42, 99-113.

Santana, R. (1980). *Paysans dominés: Lutte sociale dans les campagnes chiliennes: 1920-1970*. Toulouse: CNRS.

Saunière, S. de (1975 [1916-1918]). *Cuentos populares araucanos y chilenos recogidos de la tradición oral*. Santiago de Chile: Nascimento.

Schneider, T. (1904). *La agricultura en Chile en los últimos 50 años: Obra premiada en el certamen abierto por la Sociedad Nacional de Agricultura*. Santiago de Chile: Imprenta Barcelona.

Smith, E. (1914). *Los araucanos o notas sobre una gira efectuada entre las tribus indígenas de Chile Meridional*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

Spencer, Ch., Contreras, A. & Rammsy, G. (2019). Historia, producción y continuidad de la Sociedad del Folklore Chileno (1909-2008). *RECIAL, Revista del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Área Letras*, 10(16).

Tapia, G. (Ed.) (2021). *Tutukawe: Cultivando con una mirada labkence*. Chillán: INIA.

Treutler, P. (1861). *La provincia de Valdivia y los araucanos*. Santiago de Chile: Imprenta Chilena.

_____ (1958). *Andanzas de un alemán en Chile (1851-1863)*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico.

Tylor, E. (1993). Cultura Primitiva (extracto). En: Bohannan, P. & Glazer, M., *Antropología. Lecturas*. 2a Edición. Madrid: Mc Graw-Hill.

Urzúa, C. (2009). *Chile en los ojos de Darwin: Veinte meses de viaje por el país físico y humano*. Santiago de Chile: Ediciones B.

Valdés, J. (1910). *Sinceridad: Chile íntimo en 1910*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

Velasco del Real, O. (1892). *Viaje por la América del Sur: Impresiones y recuerdos*. Barcelona: Grande Establecimiento Tipográfico Editorial de Ramón Molinas.